

## LA MUERTE DE JESÚS EN EL CONTEXTO DE SU MINISTERIO

(borrador sin referencias bibliográficas)

Durante más de dos siglos, han sido escrito muchos miles de libros y artículos sobre el Jesús histórico. Estos escritos pretenden responder a la pregunta: ¿Quién era realmente Jesús? ¿Cómo era en verdad? ¿Hasta qué punto es cierto todo lo que se dice de él en los cuatro Evangelios? ¿Qué pretendía? ¿Por qué fue crucificado? ¿De verdad resucitó de los muertos y ascendió al cielo para “sentarse a la diestra de Dios?”

Los problemas que tenemos para responder a preguntas de este tipo son principalmente dos. En primer lugar, aunque coinciden en muchos puntos los cuatro Evangelios, también presentan muchas diferencias importantes entre sí. Aun cuando los Evangelios se parecen mucho entre sí, parece que no fueron escritos por testigos oculares de los hechos—se duda que Mateo y Juan hayan sido escritos por los discípulos que llevaban esos nombres, que de hecho ni aparecen en los manuscritos más antiguos, aun cuando es muy probable que esos Evangelios igual que los otros tres estén basados en testimonios de los que sí vieron y escucharon las cosas que narran los primeros discípulos como Mateo, Juan, Simón Pedro, y otros. Pero sólo tenemos acceso a fuentes secundarias y no a Jesús mismo, pues él no dejó nada escrito, y de hecho, con la excepción de dos o tres frases cortas, las únicas palabras que tenemos de él son *traducciones* al griego de cosas que dijo en arameo—y como sabe cualquier persona bilingüe, hay mucho de verdad en el dicho de que “siempre se pierde algo en la traducción.”

Los tres Evangelios que se parecen más entre sí son los Evangelios Sínópticos—Mateo, Marcos, y Lucas. Pero la mayoría de las coincidencias entre estos Evangelios no se deben al hecho de que estén basados en el testimonio de varios testigos oculares o fuentes diferentes que compartieron las mismas historias y experiencias, sino más bien al hecho de que los autores de Mateo y Lucas aparentemente copiaron casi palabra por palabra una gran parte de sus Evangelios directamente de Marcos—aunque a la vez alteraron su material, ya sea porque querían comunicar ideas un poco diferentes, porque tenían otras fuentes, o inclusive porque tanto las palabras atribuidas a Jesús como las fuentes que usaron existían en fuentes que variaban un poco entre sí. De hecho, ni siquiera sabemos si existían diferentes ediciones de estos Evangelios, pues es común que un autor haga nuevas ediciones de su propia obra con pequeños cambios. Algunos inclusive han argumentado que el Evangelio de Marcos originalmente no fue “escrito” sino que llegó a existir primero en forma oral, y se compartía en esa forma (obviamente con las mismas pequeñas diferencias y alteraciones que existen cuando cualquiera de nosotros narra la misma historia muchas veces), hasta que a alguien se le ocurrió poner por

escrito en algún momento la versión de ese “Evangelio” que había escuchado, conocido, y posiblemente compartido verbalmente. Es evidente que, además del Evangelio según San Marcos, los autores de Mateo y Lucas tenían otra fuente a la cual ya no tenemos acceso, a la cual se le ha llamado “Q,” debido a que en alemán la palabra “fuente” es “Quelle.”

Algunas de las diferencias entre estos Evangelios son bastante significativas. Por ejemplo, ¿vivían María y José originalmente en Belén, como dice Mateo, sólo para establecerse con su hijo Jesús en Nazaret posteriormente al regresar de Egipto, adonde habían huido cuando el Rey Herodes estaba a punto de matar a todos los varones recién nacidos en Belén (Mat 1:18–2:8)? ¿O más bien vivían desde un principio en Nazaret, y sólo fueron a Belén brevemente para empadronarse en un censo decretado por César Augusto, antes de regresar a Nazaret con su pequeño hijo que había nacido durante el viaje (Luc 1:26–2:20)? No sólo hay diferentes versiones de otros relatos que aparecen en los primeros tres Evangelios “Sinópticos,” sino que cada uno (sobre todo Mateo y Lucas) contiene material que no aparece en los otros dos.

El cuarto Evangelio presenta diferencias mucho más significativas en relación a los primeros tres. Mientras según los Sinópticos el concepto del “reino de Dios” era un elemento central de la predicación de Jesús, por ejemplo, ya que él la utiliza repetidamente en su predicación y enseñanza, en el Evangelio según San Juan, Jesús utiliza esa esta frase sólo un par de veces durante una conversación que tiene con un fariseo llamado Nicodemo (Jn 3:3-5). Mientras en los Sinópticos Jesús cuenta muchas parábolas, en Juan no cuenta ni una. Según el cuarto Evangelio, Jesús subía repetidamente a Jerusalén durante un período de tres años, realizando su acto de “purificar” el templo de Jerusalén casi al principio de su ministerio (Jn 2:13-22), pero los Sinópticos mencionan un solo viaje a Jerusalén durante su ministerio, el cual tiene por resultado su crucifixión. De hecho, en los primeros 17 capítulos de Juan, aparte del relato del incidente en el templo, sólo tenemos dos historias que aparecen también en los Sinópticos (Jn 6:1-21; 12:1-8), y la forma en que habla Jesús en Juan también es muy distinto: hay discursos relativamente largos en los que alude mucho a su relación con Dios como su Padre, y el relato de la última cena, que ocupa cinco capítulos (13-17), es un discurso muy largo en el que la única acción que Jesús lleva a cabo es lavar los pies de sus discípulos, en lugar de repartir entre ellos el pan y la copa, como en los Sinópticos. Es curioso, por ejemplo, que según Juan lo que finalmente motiva a los principales sacerdotes y el concilio a tomar la decisión para matar a Jesús es la resurrección de Lázaro por medio de Jesús (Jn 11:1-57), cuando los Sinópticos ni siquiera mencionan este suceso tan importante y trascendente.

Esto nos lleva al segundo problema principal que dificulta la reconstrucción del Jesús histórico: las cosas “sobrenaturales” o “milagrosas” que caracterizan su vida, muerte, y resurrección.<sup>1</sup> Mientras hoy muchos historiadores reconocen que es posible que Jesús haya tenido la capacidad de curar hasta cierto punto a personas enfermas, pues ha habido muchas personas a través de la historia que han tenido esta capacidad sin recurrir a las prácticas médicas establecidas y conocidas de su tiempo, la gran mayoría de historiadores dudan que Jesús haya podido hacer cosas como multiplicar de una manera milagrosa panes y pescados, caminar sobre el agua, calmar tormentas, resucitar a personas que habían fallecido, y sobre todo resucitar él mismo de los muertos. La lógica de estos historiadores es que, según los

conocimientos científicos que poseemos, estas cosas no son posibles. Sin embargo, muchos cristianos—entre los cuales también hay historiadores—afirman no sólo que los eventos “milagrosos” que narran los Evangelios podrían haber ocurrido, sino también que de hecho sí ocurrieron. En realidad, lo que uno cree con respecto a la veracidad histórica de todo lo que narran los Evangelios depende de las presuposiciones que uno tiene con respecto a lo que es posible o no. Si sus presuposiciones son las mismas de la mayoría de historiadores, no verán como “históricas” muchas de las cosas que relatan los cuatro evangelistas, pero si en cambio uno cree en un Dios todopoderoso que sí tiene el poder de realizar tales “milagros” y creer que Jesús, por ser Hijo de este Dios, también poseía ese poder, no tendrá dificultad para aceptar como “histórico” todo lo que leemos en los Evangelios.

En lo que resta de este capítulo y de este libro en general, asumiré una postura “minimalista” sobre estas cuestiones sin entrar en discusiones sobre la veracidad histórica de todo lo que afirman los cuatro Evangelios. En otras palabras, haré una lectura de los Evangelios que no dependa de la historicidad de todo lo que narran. Sin embargo, la gran mayoría de los historiadores reconocerían que sí hay una base histórica sólida para afirmar ciertas cosas sobre Jesús, como el hecho de que vivió, llevó a cabo un ministerio que en términos generales fue como el que describen los Evangelios, y que fue crucificado en Jerusalén por las autoridades de su tiempo.

Como no tenemos acceso directo a Jesús por medio de los Evangelios ni por otras fuentes antiguas—pues no poseemos nada que haya sido escrito por su mano—no podemos saber con seguridad en qué momento supo que iba a morir, sobre todo en una cruz romana—ni qué interpretación le dio a su muerte. Aun si admitimos que sabía antes de ser arrestado, cuando todavía estaba con sus discípulos, que iba a morir de una manera violenta, los Evangelios no ofrecen una explicación clara del significado que le atribuía a su muerte. En varios pasajes, Jesús utiliza fórmulas cortas como las que vimos al principio del Capítulo 1—sobre todo en Mar 10:45 y 14:22-24 (y paralelos), pero nuevamente éstas son tan ambiguas que se prestan para muchas interpretaciones. Sin embargo, creo que si sólo vemos en términos generales lo que hizo Jesús durante su ministerio, podemos sacar algunas conclusiones importantes sobre el significado que le dio a su propia muerte.

### **¿QUÉ PRETENDÍA JESÚS?**

Para entender el sentido que Jesús le dio a su muerte, sería necesario primero preguntar sobre el sentido que le dio a su ministerio, pues es lógico pensar que fue crucificado debido a lo que había hecho durante su ministerio. Entonces, la pregunta de lo que pretendía Jesús debe ser entendida no sólo a su muerte sino también a su ministerio. Por supuesto, en gran parte del pensamiento cristiano tradicional, lo que pretendía Jesús era “morir por los pecados del mundo” en el sentido de hacer posible que Dios nos pudiera perdonar nuestros pecados. De hecho, como vimos en el Capítulo 1, ha habido biblistas que afirman que Cristo, como Hijo de Dios, vino al mundo con un solo propósito: morir por nosotros en la cruz. Esto reduce su ministerio casi a un “pasatiempos” mientras esperaba su muerte por los demás, pues si lo que nos salva es su muerte en sí, entonces todo lo que hizo durante su ministerio carece de sentido,

pues no contribuye a nuestra salvación. O si afirmamos que lo que dijo e hizo antes de su muerte sí juega un papel en nuestra salvación, tendríamos que admitir que no somos salvados sólo por su muerte, sino también por lo que nos reveló y enseñó *antes* de su muerte, lo cual significaría que no fue suficiente su muerte para obtener nuestra salvación.

Los especialistas en el tema del Jesús histórico han propuesto una gran diversidad de respuestas a la pregunta de qué pretendía Jesús durante su ministerio. Según algunos, su propósito era anunciar la próxima venida del reino de Dios y el fin del mundo para llamar a todos al arrepentimiento, mientras según otros, Jesús más bien quería cambiar la realidad en el mundo presente, denunciando las injusticias y llamando a todos a practicar la justicia, el amor, y la misericordia para que la gente pudiera gozar del bienestar integral en el aquí y ahora. Para algunos, Jesús era principalmente un gran maestro o sabio, pero para otros, Jesús pretendía transformar o renovar la sociedad de su tiempo, o inclusive fomentar la resistencia a Roma. Sin embargo, si examinamos de cerca los distintos aspectos de su ministerio como lo presentan los evangelistas, creo que podemos formar una idea bastante clara de lo que pretendía Jesús.

### *Jesús y el reinado de Dios*

Aun cuando en el cuarto Evangelio Jesús apenas menciona el reino o reinado de Dios, el hecho de que se le da tanto énfasis a este tema en los Sinópticos ha llevado a la mayoría de especialistas a concluir que este concepto era central para él. No sólo lo menciona Jesús repetidamente en los Sinópticos, sino también aparece ahí en pasajes claves, como en el resumen que se da de su predicación al inicio de su ministerio (Mar 1:14-15) y en sus últimos momentos con sus discípulos, cuando anhela el día en que podrá comer y beber nuevamente con sus discípulos en el reino de Dios (Mar 14:25). Se ha discutido mucho lo que significa la frase *basileia tou theou* en la proclamación de Jesús, pues a veces parece referirse a un lugar que existirá en el futuro, al cual será necesario “entrar.” También se ha pensado en esos términos debido a que Mateo utiliza mucho la frase “reino de los cielos” en lugar de “reino de Dios,” pero esto se debe únicamente al hecho de que entre los judíos se trataba de evitar lo más posible pronunciar la palabra “Dios,” aun cuando no es propiamente un nombre (recordando que en el decálogo se manda “no usar el nombre del Señor/Yahvé tu Dios en vano,” Ex 20:7). Por eso, como sigue siendo común hoy, muchos judíos preferían sustituir frases como “el cielo,” “los cielos,” “el altísimo,” u otros términos para hablar de Dios, como vemos en el mismo evangelio (Mat 5:33-36). Sin embargo, según las esperanzas escatológicas que vimos en el Capítulo 2, lo que los judíos creían era que algún día vivirían en paz (*shalom*) en su propia tierra, y aunque el mundo sería renovado y transformado, según la doctrina de la resurrección de la carne, los que habían muerto volverían a la vida en este mundo en lugar de vivir eternamente en otro mundo “celestial.” Esto significa que la *basileia tou theou* sería algo que existiría sobre *esta* tierra, y no en algún mundo celestial—aunque hay que recordar que en el pensamiento judío, los cielos *formaban parte de este mundo* junto con la tierra, en lugar de constituir otro mundo diferente.

Por las mismas razones, muchos biblistas han insistido que sería más correcto traducir la frase *basileia tou theou* como el “*reinado* de Dios” en lugar del “*reino* de Dios.” Aparte de sugerir que ese “reino” sería un lugar que se establecería en alguna parte distinta e independiente de la

tierra, el uso del término “reino” enfatiza más la idea de un espacio o territorio sobre el cual un rey “reina.” Pero la idea más bien era que Dios reinaría sobre el mundo entero, incluyendo toda la tierra “hasta sus confines” (ver, por ejemplo, 1 Sam 2:10; Sal 2:8; 22:27; Is 52:10), de manera que la frase *basileia tou thou* parece referirse a una actividad más que un lugar: lo que Jesús anunciaba es que Dios vendría a reinar para siempre como rey, y no simplemente que establecería un reino. Por estas razones, aquí utilizaré más la frase “el reinado de Dios” para referirme a la *basileia tou theou* proclamada por Jesús, pues esta frase comunica mejor la idea de que Dios *realizará la actividad de reinar sobre todo y todos*, estableciéndose como rey y así estableciendo su *reinado*.

Ahora, si Dios todavía tenía que venir para establecer su reinado y reino, eso significaba que Dios todavía no estaba reinando como rey. Y si él no estaba reinando como rey, ¿quiénes sí estaban reinando? Ya hemos visto la respuesta en los capítulos anteriores de este estudio: los que estaban reinando eran los romanos bajo su emperador, junto con sus representantes (como el procurador romano sobre Judea y Jerusalén, Poncio Pilatos), los gobernantes judíos descendidos de Herodes el Grande, que muchos judíos no consideraban verdaderos judíos y que Roma nunca reconoció con el título de “rey” (eran “tetrarcas” o “etnarcas”), y los sumo sacerdotes, que eran nombrados o aprobados por Roma. Anás fue nombrado sumo sacerdote en el año 6 dC, y posteriormente ocuparon el puesto cinco de sus hijos y su yerno Caifás, que duró más tiempo en el puesto que Anás o sus hijos (18-36). Esto significa que Anás y su familia acapararon ese puesto de modo que llegó a ser casi un “negocio familiar,” y si Caifás duró tanto tiempo en el puesto, era porque colaboraba muy de cerca con el procurador romano y los romanos en general, representando fielmente sus intereses.

Obviamente, todas estas figuras estaban muy lejos de ser personas ejemplares, pues como hemos visto, la corrupción y la opresión eran enormes. Los romanos justificaban su dominio sobre las tierras que habían conquistado con el lema *pax et securitas*, esto es, “paz y seguridad,” pues decían haber “pacificado” a la región, de modo que todos supuestamente podían sentirse “seguros” bajo su reinado. Pero la realidad era otra: la “pacificación” consistía en el dominio absoluto a través de la fuerza y la violencia sobre la población, y la única “seguridad” que todos tenían era que Roma no dejaría de exprimir y extraer todo lo que podían de la población, explotando no sólo a la gente sino también sus tierras, como las de Galilea, que eran muy productivas.

Esto deja en claro que la proclamación del “reinado de Dios” que se estaba acercando y que se convertiría en una realidad no sólo era de carácter *religioso* sino también *político, económico, y social*. La venida de Dios como rey por definición significaba la destitución del emperador y las otras autoridades que gobernaban bajo él, y también significaba un nuevo orden social así como una economía muy distinta. Si Dios iba a reinar directamente, o aun si iba a nombrar a ciertas personas (como el Mesías) a reinar bajo su autoridad, su reinado sería uno de *justicia, equidad, abundancia*, y una paz (*shalom*) que era totalmente contraria a la *pax romana*, que más bien traía injusticia, opresión, corrupción, desigualdad, violencia, y todo menos una verdadera paz. El orden social también sería completamente distinto, pues bajo Dios como rey las relaciones entre seres humanos dentro de la nueva sociedad serían caracterizadas por el

amor al prójimo, la misericordia, la bondad, y la solidaridad. La maldad dejaría de existir. Asimismo, Dios cumpliría su promesa de dar abundancia y prosperidad en la tierra para todos y todas, de modo que ya no habría poderes extranjeros o familias de “mafiosos” que exprimiran y explotaran al pueblo para quedarse con todas las riquezas.

Podemos ver algunas de estas esperanzas en los cánticos que Lucas le atribuye a María y Zacarías: Dios “esparciría a los soberbios en el pensamientos de sus corazones,” “quitaría de los tronos a los poderosos” y “exaltaría a los humildes,” “colmando de bienes” a los “hambrientos,” y despojando a los “ricos” que les habían quitado todo (Luc 1:51-53). Haría que reinara la “misericordia” de acuerdo a lo que había prometido en su “pacto,” dándole a su pueblo “salvación de sus enemigos” y de los que los “aborrecían” (como los romanos y los que colaboraban con ellos), para que liberados de esos enemigos le sirvieran a Dios su rey “sin temor,” “en santidad y en justicia todos sus días” (Luc 1:71-75). Es evidente que todas estas afirmaciones y esperanzas no sólo son “religiosas” sino también *políticas, sociales, y económicas*, pues Dios quitaría a todos los opresores de sus puestos de poder y purificaría la tierra de toda maldad e injusticia. Se trata de un “nuevo orden” o “nuevo sistema” que contrasta radicalmente con el orden o sistema que existía bajo el poder romano.

Todo esto es lo que proclamaba Jesús al anunciar que el reinado de Dios se había acercado. Estas eran las “buenas nuevas,” esto es, el *ev-angelion* que él anunciaba, que se contraponía al “evangelio” de Roma, pues los romanos usaban ese mismo término para referirse a su propio reinado. Según los Evangelios, Jesús también creía que él jugaría un papel central en este nuevo reinado, aunque muchos historiadores dudan si realmente se entendía a sí mismo como el “Mesías,” “hijo de David,” y particularmente “hijo de Dios” – un título que se utilizaba para referirse al emperador romano.

Aunque para Jesús, el reinado de Dios era algo que todavía tenía que venir, algunas de sus afirmaciones dan a entender que *ya estaba presente* ese reinado de alguna forma. La más importante de éstas está en Luc 17:20-21, donde Jesús dice: “La venida del reinado de Dios no es algo que se puede anticipar y observar, ni se dirá: ‘Mírenlo aquí’ o ‘Mírenlo allá,’ porque ese reinado ya está entre ustedes.” En un pasaje que aparentemente viene de la fuente Q, Jesús afirma, “Si yo echo fuera a los demonios por medio del Espíritu/dedo de Dios, entonces es claro que el reinado de Dios ya les ha llegado” (Mat 12:28; Luc 11:20). Por supuesto, son muchos más los pasajes que hablan de la venida del reinado de Dios en tiempo futuro; pero afirmaciones como éstas dan a entender que *hasta cierto punto o en cierto sentido* ya se había hecho presente ese reinado a través de Jesús y su ministerio.

Los Evangelios dan evidencia de que este mensaje era sumamente polarizante. Si uno creía en Jesús y lo que proclamaba, debía reconocer el orden o sistema que existía bajo los romanos como *malo, opresivo, y contrario a la voluntad de Dios*, por lo menos a largo plazo. Esto significaba renunciar no sólo a los valores y formas de pensar y actuar asociados con ese sistema, sino dejar de someterse a él y más bien oponerse a él o resistirlo de alguna forma. Pero al mismo tiempo eso significaba entrar en conflictos, no sólo con las autoridades, sino también con otras personas, como muchas amistades y a veces la misma familia, incluyendo al padre y la madre. Y por otra parte, si uno se colocaba al lado del orden y sistema establecidos, vería a Jesús

como un subversivo que había que rechazar, rebatir, o silenciar, a la vez que uno insistiera que los demás tomaran la misma actitud hacia él. Era una amenaza para ese sistema, y no podía ser tolerado. Las personas que eran leales al orden establecido, o inclusive estaban en contra de ese orden pero por temor a las represalias y la represión insistían en guardar silencio y “evitarse problemas” con las autoridades, les prohibirían a sus seres queridos relacionarse con Jesús y andar con él—al contrario, debían alejarse de él lo más posible, pues de otra forma su adhesión a Jesús no sólo tendría consecuencias para esos mismos seres queridos sino también para todos sus conocidos, amistades, y familiares, que se convertirían en blanco de las autoridades junto con ese ser querido. Encontramos estas ideas repetidamente a través de los cuatro Evangelios.

En fin, la proclamación de Jesús sobre el reinado de Dios nos dice algo muy importante con respecto a lo que pretendía: a la vez que anunciaba a un Dios que *no estaba al lado del sistema imperante ni lo apoyaba*, también daba a entender claramente que ese sistema era algo malo que debía caer y desaparecer en algún momento. Y por supuesto, criticar a ese sistema significaba criticar a las autoridades que lo apoyaban y le servían, y sobre todo a los que decían que ese sistema era del agrado de Dios y contaba con su aprobación, justificando todo lo que ocurría bajo ese sistema en el nombre de un Dios que era totalmente contrario al Dios proclamado por Jesús. Por lo tanto, no sólo había que condenar a Jesús, sino también a su Dios, que era tan subversivo como el mismo Jesús.

### *La enseñanza de Jesús*

Según los Evangelios, además de dedicarse a proclamar la venida del reinado de Dios, Jesús dedicó mucho tiempo a la enseñanza. En algunos momentos, dirigía su enseñanza al público en general, mientras en otros momentos, compartía su enseñanza sólo con los que estaban más allegados a él.

En vistas de lo que acabamos de ver sobre la forma en que Jesús entendía el reinado de Dios, su enseñanza debía ser caracterizada por dos elementos. Primero, debía haber enseñado que el orden establecido—no sólo por los romanos sino también por los judíos que colaboraban con los romanos—era algo que había que condenar, rechazar, y resistir, porque era contrario al Dios que él proclamaba. Había que rechazar los valores de ese orden y sistema: no buscar ser primero en todo ni imponerse sobre los demás; no codiciar riquezas y otros bienes; no buscar fama, gloria, ni honores; no justificar las injusticias y las maldades en nombre de la ley o Dios, ni aprobar interpretaciones de la ley que perjudicaban a la gente en lugar de ayudarla; no excluir, pisotear, o maltratar a los demás, sobre todo los más pequeños y vulnerables; no aceptar la idea de que ese sistema traía cosas buenas, como la paz y la seguridad para todos; en fin, no querer ser servido sino servir.

Y segundo, en su enseñanza Jesús debía haber promovido otras formas de relacionarse con Dios y los demás en base a principios y valores que sí contribuían al bienestar humano, la justicia, la equidad, la paz y la reconciliación verdaderas, el respeto, y el *shalom* en general, tanto para cada individuo en particular como para los diversos grupos que componían la sociedad y la sociedad en su totalidad. Sobre todo, tenía que *enseñarles a los demás a amar*. Para esto, era

necesario explicar lo que es el verdadero amor, el amor incondicional, que consiste en *buscar el bienestar de los demás junto con el bienestar propio en todo momento y bajo toda circunstancia*. A veces, eso significaba aceptar, abrazar, perdonar, y mostrar afecto a los demás, solidarizándose con ellas y ellos tanto en los buenos momentos como en los malos. Pero a veces ese amor incondicional por todos y todas también debía tomar otras formas: levantar la voz para denunciar las injusticias y defender a los oprimidos; negarle el perdón al ofensor cuando se negaba a reconocer sus maldades y más bien seguía cometiéndolas, insistiéndole que tenía que cambiar por su propio bien y el bien de los demás; señalar y desenmascarar la hipocresía, las falsedades, y las malas intenciones de los “lobos” que se vestían como “ovejas,” la gente que decía que estaba haciendo el bien, obedeciendo a Dios, y mostrando amor y misericordia al prójimo cuando en realidad sus acciones respondían a intereses egoístas; rechazar las interpretaciones de la ley y las definiciones del bien y el mal de los que decían ser representantes y portavoces de Dios cuando en realidad su “Dios” era un ídolo que ellos mismos habían fabricado a imagen y semejanza suya, motivados por la avaricia y deseos de poder y dominación. En fin, Jesús tenía que enseñarles a los demás que amar a todos de manera incondicional no significaba darles todo lo que pedían, someterse a ellos como sus esclavos, obedecerles en todo, ni aprobar todo lo que decían y hacían. Más bien, Jesús quería que entendieran que el amor incondicional busca *el bienestar integral de todos y todas sin excepción*, y que eso significa no sólo hacer acciones que contribuyeran a ese bienestar sino también denunciar, rechazar, y oponerse a todo lo que lo impidiera o disminuyera.

En fin, la mayor parte de la enseñanza de Jesús tenía que ver con el amor al prójimo y la resistencia al mal. Sin embargo, esa resistencia al mal no buscaba lastimar o herir a los que hacían maldad, ni guardarles rencor o buscar la venganza, sino seguir procurando su bien siempre junto con el bienestar propio y el de los demás, aunque en algunos momentos esto significara oponerse a ellos y entrar en conflicto.

Al mismo tiempo, según la enseñanza de Jesús, no sólo era necesario actuar a favor de los demás, buscando su bien junto con el suyo propio, sino también ser sabios y prudentes, actuando con inteligencia, mesura, discreción, sensatez, cautela, y circunspección. Había momentos en los que había que levantar la voz contra el opresor o malhechor y resistirle de manera activa, pero había otros momentos en los que había que evitar los enfrentamientos, guardar silencio, y refugiarse de los peligros, porque hacer lo contrario significaba el suicidio frente a un poder tan fuerte y abrumador que simplemente atropellaba, aplastaba, y devoraba a cualquiera que se le pusiera en el camino. Había que ser tan astutos y prudentes como serpientes, pero a la vez tan sencillos e inofensivos como palomas (Mat 10:16). Inclusive, cuando era necesario, había que entrar temporalmente en alianzas con personas cuyos motivos no eran buenos, ganar amistades por medio de las riquezas injustas y malhabidas, y ser aun más sagaces que los “hijos de este mundo” que saben defraudar y estafar a otros con tretas y artimañas (Luc 16:8-9).

Sin embargo, para Jesús ser astuto, cauteloso, mesurado, discreto, y sensato no significaba *vivir con miedo*. Al ver su enseñanza y comportamiento, podemos ver que Jesús sabía muy bien que el obstáculo más grande y formidable para la práctica del amor es el miedo. También sabía

que el miedo era el arma principal que utilizaban los que pretendían someter, controlar, y esclavizar a las masas y mantener firmes y fuertes los sistemas opresivos que habían logrado establecer, de manera que esos sistemas colapsaban una vez que la gente les perdía el miedo. Las personas que tienen miedo no pueden amar, porque su miedo las paraliza y no les permite actuar a favor de los demás. La primera epístola de Juan refleja muy bien la enseñanza de Jesús cuando dice: “En el amor no hay miedo, porque el amor perfecto echa fuera el miedo.... El que tiene miedo no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Jn 4:18). Uno sólo puede amar plenamente a otros cuando ha perdido o superado el miedo, aunque nuevamente hay que recordar que ser cauteloso no es lo mismo que ser miedoso. Podemos también invertir las palabras de Juan para representar la enseñanza de Jesús: “el miedo perfecto echa fuera el amor,” porque ese miedo no le permite amar, y “el que ha sido perfeccionado en el amor no tiene miedo,” porque está dispuesto a amar, buscando el bienestar de los demás, a pesar de cualquier consecuencia que pudiera haber.

Por eso, mucha de la enseñanza de Jesús está centrada también en el tema de *la fe*. Lo que echa fuera el miedo y le permite a uno amar es *la plena confianza en Dios*. Cuando uno tiene esa fe y confianza, piensa: “A lo mejor lo que voy a hacer movido por el amor traerá como consecuencia sufrimientos, tribulaciones, o inclusive la muerte para mí, pero sé que mi vida, la vida de mis seres queridos, y todos los buenos planes y proyectos que tengo están en las manos de Dios. Eso significa que, pase lo que pase, no necesito tenerle miedo a nada ni nadie, porque Dios es más fuerte que todos los seres humanos, y aun si me llegaran a quitar la vida o las personas y cosas que son más preciosas para mí, al final de todo estará ahí Dios para devolverme y a otros la vida o restaurarme lo que me quiten.” Si uno no piensa de esa forma, no puede amar a Dios ni a nadie con amor incondicional, pues su falta de fe y confianza en Dios le impedirá actuar y vivir libremente, haciendo el bien y resistiendo el mal, cueste lo que cueste. Por eso, Jesús constantemente enseñaba que uno debía confiar plenamente en Dios, y reprochaba a los que no confiaban en Dios por su falta de fe, pues los que viven paralizados por el miedo por la falta de confianza en Dios destruyen su propia vida, porque jamás sabrán lo que es la libertad, la felicidad, el amor, y la esperanza.

Por supuesto, Jesús enseñaba todo esto no sólo con sus palabras sino también con sus acciones. No sólo ponía el ejemplo para los demás, sino que también los animaba y motivaba, poniendo en práctica todo lo que decía a la vez que pedía, exigía, y retaba a los demás a vivir de la misma manera que él. Ni el amor incondicional ni la confianza en Dios se enseñan principalmente con *palabras*, sino sólo *a través de la acción y los hechos*. Hablando de forma metafórica, uno sólo puede vivir lleno de amor y fe si alguien más le ha “contagiado” ese amor y fe a través de sus acciones; y por las mismas razones, uno no puede enseñarles a otros a vivir llenos de amor y fe sin practicar ese amor y fe con firmeza y convicción en su presencia, buscando “contagiarlos” igual como uno ha sido “contagiado” por otros que viven de esa manera. Eso es lo que pretendía y enseñaba Jesús, tanto por sus palabras como por sus hechos.

Cabe comentar también que no hay ninguna evidencia en los Evangelios de que Jesús enseñara o instruyera a otros motivado por intereses propios o con el fin de ganar dinero, fama, o prestigio. Esto lo distinguía de muchos otros maestros y “sabios” de la antigüedad, que

esperaban recibir algo a cambio de sus enseñanzas o instrucción. En principio, no hay nada malo en ello; al contrario, puede ser bueno ganarse así la vida. Sin embargo, en el caso de Jesús, aun cuando dependía de la bondad de otras personas para suplir sus necesidades y tener lo que necesitaba para poder llevar a cabo su ministerio, los Evangelios dan la impresión de que el apoyo que le daban otros era completamente voluntario, y que aun cuando recibía ayuda de otros, no era porque había establecido un precio que le debían pagar. Si lo hubiera hecho, su trabajo de enseñanza no hubiera sido visto sólo como un acto de *amor* por los demás, algo que ofrecía voluntariamente sin pedir nada a cambio para sí mismo. Compartía sus enseñanzas, *no por causa de sí mismo*, para obtener algo de otros, sino únicamente *por causa de los demás*. Si pedía algo, lo pedía *para otros* y no para él.

Pero al mismo tiempo, sí exigía algo de los demás: que dieran de sí mismos cómo él se daba de sí mismo. Esto no significaba necesariamente dedicarse a las mismas actividades que él realizaba, sino mostrar su amor por los demás de muchas otras formas, dependiendo de los dones, conocimientos, y recursos que poseían. Aunque no llamaba a todos a seguirlo en el sentido de dejar todo atrás y acompañarlo adondequiera que iba, sí esperaba que todos los que deseaban ser sus discípulos “se negaran a sí mismos” para seguirlo en el sentido de darse en amor *a los demás* y *por los demás*, aun cuando esto significaba muchas veces estar dispuesto a hacer sacrificios y sufrir por diferentes motivos. Pero él sabía que, al *pedir* y *exigir* esto de sus seguidores, en realidad les estaba *dando* el regalo más grande y precioso que existía, pues *sólo cuando uno se dedica a buscar la felicidad y el bienestar de los demás puede uno buscar y encontrar la felicidad y el bienestar propio*. Quienes viven de manera egoísta, pensando sólo en sí mismos, jamás pueden encontrar la verdadera felicidad y bienestar, porque eso es algo que sólo se alcanza *amando a los demás de manera incondicional*. Sólo descubren esta verdad los que aprenden a amar de esa manera, no solamente porque la felicidad consiste en *dar* más que *recibir* (Hch 20:35), sino también porque cuando uno comparte el amor incondicional con los demás, tiende a generar el mismo amor en ellos y ellas, y así llega a experimentar lo que es ser amado por ellos y ellas de la misma manera. Por su misma naturaleza, ese amor incondicional produce *comunidades de personas* que se aman unos a otros con ese mismo amor, pues como ya hemos visto, ese amor va “contagiando” a otros, generando la misma clase de amor entre ellas y ellos.

Por eso, aunque en un sentido uno pagaba un gran precio por seguir a Jesús, ya que eso implicaba muchos sacrificios y a veces dificultades y sufrimiento, Jesús sabía que uno pagaba un precio mucho más alto cuando *se negaba* a seguirle en el sentido de *no practicar el amor incondicional de la manera que él lo hacía*, pues así se privaba uno del mayor gozo y la bendición más grande que se puede tener en esta vida: el de amar y ser amado. A esto se refería Jesús cuando dijo que los que buscan “salvar” su vida la perderán, pero los que “pierden” su vida por causa de él y el evangelio la salvarán (Mar 8:35). Al decir esto, no sólo estaba hablando de salvar la vida en el siglo venidero, sino de encontrar la verdadera vida en el mundo presente. También se refería a esto en la respuesta que le dio a Pedro cuando éste insistió en recordarle a Jesús que él y los demás habían dejado todo para seguir a Jesús, en efecto preguntándole qué irían a recibir a cambio: “Les digo la verdad: no hay nadie que haya dejado por causa de mí y del evangelio su casa, o sus hermanos y hermanas, o su padre y madre, o su esposa e hijos, o sus tierras, que no reciba cien veces más casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras en este

mundo— aunque también recibirá persecuciones— aparte de recibir la vida eterna en el mundo venidero” (Mar 10:28-30). Aquí, además de repetir la idea de que muchos de los que le seguirían sufrirían el rechazo de sus seres queridos o tendrían que hacer grandes sacrificios, Jesús afirma que lo que recibirían sería muchísimos más “seres queridos” al llegar a formar parte de una comunidad que sería una gran familia, en la cual todos se amarían y cuidarían entre sí y se unirían para asegurar que las necesidades más básicas de todos sus “hermanos y hermanas” fueran satisfechas, compartiendo sus casas y todo lo que tenían los unos con los otros.

De hecho, al recibir lo que otros le ofrecían, Jesús también les daba algo de sumo valor. Por ejemplo, al recibir con agrado las señales de afecto de personas como las mujeres que lo ungían con perfumes costosos y otras personas que le expresaban su amor y agradecimiento de otras formas, recibéndolo en su casa, compartiendo sus bienes con él, o simplemente dándole las gracias, Jesús estaba al mismo tiempo manifestándoles su propio afecto y amor, pues así como uno recibe cuando da, uno también da cuando recibe (ver, entre otros pasajes, Mat 27:55-61; Mar 1:29-31; 14:3-9; 16:1-2; Luc 7:36—8:3; 17:11-19; 19:1-10; Jn 4:39-40; 20:11-16). Muchas de estas personas habían experimentado en su propia persona el amor de Jesús por ellas y ellos, y eso había provocado en ellas y ellos el mismo amor hacia Jesús y otras personas; pero en otros casos, aparentemente lo que los movió a expresar su amor por Jesús no era algo que él había hecho por ellas y ellos personalmente, sino lo que lo habían visto hacer por los demás. De una forma u otra, habían sido “contagiados” con el amor que habían recibido de Jesús, de manera que habían llegado a amar de manera incondicional no sólo a Jesús, sino también a otras personas, lo cual resultaba en una comunidad de personas que en verdad se amaban unas a otras. En este sentido, podríamos decir que Jesús sí actuaba motivado por intereses propios y no sólo los intereses de los demás, pero esos intereses propios eran la alegría y la satisfacción de ver transformadas las vidas de otras personas, además de ver la alegría y la satisfacción que recibían estas mismas personas al expresar su amor por él y por los demás.

Otro de los aspectos centrales de la enseñanza de Jesús era la escatología. Siguiendo lo que encontramos en las escrituras hebreas y los escritos judíos de la antigüedad, Jesús proclamaba que Dios iba a poner fin a este mundo, transformándolo en un mundo nuevo y distinto. A través de su proclamación del reinado de Dios, Jesús le daba esperanza a la gente, pues cuando la gente es oprimida de una forma sumamente brutal y prolongada, como ocurría bajo los romanos, pierde la esperanza. Eso es lo que Jesús quería restaurar, pues sólo las personas que tienen esperanza pueden vivir felices, llevar una vida productiva, y amar a los demás sin miedo.

Todo esto nos da el trasfondo necesario para considerar los otros dos aspectos del ministerio de Jesús que eran centrales: sus esfuerzos por sanar a los demás y liberarlos de los poderes maléficos que se habían posesionado de ellos, y su preparación de un grupo de discípulos. También nos deja ver más claramente lo que pretendía Jesús: que otras personas fueran transformadas por la gracia y el amor incondicional de Dios que llegaban a conocer y experimentar a través de él y otros de sus seguidores, y que esa transformación llevara a esas personas a formar y participar en comunidades en las que se vivía y se respiraba constantemente esa misma gracia y amor incondicional. La *pax et securitas* que ofrecía el sistema

romano jamás podía compararse con la “paz y seguridad” que ofrecían estas “comunidades alternativas.”

### *Las sanaciones y los exorcismos realizados por Jesús*

Como ya observamos arriba, hoy día muchos historiadores admiten la posibilidad de que Jesús haya llevado a cabo un ministerio de sanación. Aun si no resucitaba a personas muertas o curaba a enfermos simplemente con una palabra y el toque de su mano, podía haber sabido sanar a gente de otras maneras, sobre todo porque, como los mismos médicos y científicos reconocen hoy, las enfermedades pueden ser psico-somáticas. Asimismo, a muchos historiadores que no creen en demonios que pueden poseer a la gente en un sentido literal se les hace factible que Jesús haya sabido ayudar a personas que parecían estar bajo la influencia de espíritus malos, como por ejemplo personas que padecían epilepsia tenían problemas psicológicos o psiquiátricos. Aunque hay una diversidad de opiniones entre historiadores sobre estas cuestiones, casi todos los historiadores que estudian el tema del Jesús histórico están de acuerdo que Jesús por lo menos tenía cierta fama o reputación como alguien que podía curar a enfermos y echar fuera a demonios.

Aunque algunos de sus contemporáneos que veían en Jesús una amenaza o un “peligro” para la gente afirmaban que Beelzebú o Satanás mismo le había dado el poder que tenía, Jesús rechazó tajantemente esa posibilidad (Mat 12:24-29; Mar 3:22-27; Luc 11:17-20). Inclusive, dentro de este contexto hace alusión al pecado contra el Espíritu Santo que es imperdonable: el atribuir obras realizadas por el Espíritu Santo a Satanás, pues eso significaba convertir el amor y la misericordia de Dios en algo diabólico ante los ojos de la gente. Rechazar y hablar mal de Jesús era una cosa, pero rechazar y hablar mal del Espíritu de Dios como si fuera más bien un “espíritu inmundo” o el espíritu de Satanás que pretendía engañar a la gente y así alejarla de Dios era otra cosa muy distinta (Mat 12:30-32; Mar 3:28-30).

Los que acusaban a Jesús de actuar movido por un espíritu inmundo o el espíritu de Satanás para desprestigiarlo y hacer que la gente se alejara de él en lugar de buscarlo en efecto estaban afirmando que lo que estaba llevando a Jesús a sanar a los enfermos y echar fuera los demonios que los atormentaban en realidad era un deseo de engañar a otros y llevarlos a la perdición, fingiendo hacerles bien cuando en realidad estaba actuando para mal, motivado por intereses propios. Aparte de que tales acusaciones no tenían ningún sentido, pues era obvio que Jesús estaba ayudándole a la gente en lugar de lastimarla o hacerle maldades, el hecho de que Jesús nuevamente ni pedía ni recibía nada a cambio de la ayuda que le ofrecía a la gente por pura gracia y compasión resalta aun más el hecho de que no curaba a los enfermos ni echaba fuera los demonios *por causa de él mismo*, para ganar dinero o fama, sino únicamente *por causa de los demás*, motivado únicamente por su gran amor por todos.

Entre muchos cristianos, ha sido común afirmar que Jesús realizaba “milagros” de este tipo para demostrarle a todo el mundo que en verdad era el Hijo de Dios y por lo tanto debían creer en él para ser salvos. Esa afirmación es problemática por varias razones. Sobre todo, da la impresión de que en el fondo lo que quería Jesús no era ayudar y servir a la gente que padecía

necesidades, sino más bien utilizar a la gente para otros fines. En otras palabras, según esta forma de entender su actividad, cuando Jesús sanaba a alguien, en lugar de pensar, “Lo único que quiero es aliviar o poner fin al sufrimiento de esta persona por el profundo amor que le tengo,” más bien pensaba, “Voy a realizar un milagro en esta persona, no tanto porque me sea importante como persona, sino para que todos vean mis poderes divinos y se sometan a mí, honrándome y glorificándome como el Hijo de Dios.” Detrás de esta interpretación de las obras milagrosas que realizaba Jesús está la idea de que lo que realmente importa no es la sanación o salvación de *cuerpos* humanos sino más bien la salvación de *almas*, y que la condición que Dios ha establecido para salvar almas es que uno crea en Jesús como su Hijo. Afirmar que cuando Jesús sanaba y hacía exorcismos estaba utilizando a la gente para otros fines también significa negar su amor por cada persona como individuo, y sobre todo por los más desvalidos y necesitados, pues ante los ojos de los demás todas estas personas eran pequeñas e insignificantes. No valía la pena ayudarles, pues había cosas más grandes e importantes que hacer en lugar de perder el tiempo atendiendo a personas que a nadie le importaban. Pero el pensamiento de Jesús era totalmente distinto, pues según él éstas eran las personas con las que uno debía pasar el tiempo y convivir, buscando su salud y bienestar. Por eso siempre invertía los valores que otros tenían, insistiendo que los últimos fueran los primeros y que los que parecían *menos* importantes en realidad eran los *más* importantes. Esto lo vemos no sólo en el hecho de que andaba con los marginados y excluidos, sino en la importancia que les daba a los niños y niñas también. El Dios que Jesús proclamaba y encarnaba era un Dios muy diferente al Dios del sistema que estaba con los ricos y poderosos, y lo que valoraba Jesús era todo lo contrario a lo que valoraba la gente que se identificaba con ese sistema. El Dios de Jesús estaba más bien con las personas que el mundo desdeñaba y menospreciaba – personas que según el sistema ni merecían el “honor” de ser llamadas personas, porque no eran más que objetos que explotar y manipular. Entonces, decir que Jesús también utilizaba a la gente que atendía y sanaba para fines más importantes sería negar todo lo que él representaba y optar por el Dios del sistema imperante en lugar del Dios de Jesús

Esto no quiere decir que Jesús no quería que la gente llegara a creer en él como el que había sido enviado por Dios al ver cómo sanaba a la gente y echaba fuera a los demonios. Pero quería esto, *no por causa de él mismo, sino por causa de la misma gente*, pues quería que la gente fuera atraída a él para que pudiera recibir por medio de él todo el bien y el *shalom* que tanto él como Dios querían para todas las personas sin excepción. Si quería llamar la atención a través de lo que hacía y decía, era porque quería que la gente se acercara a él para conocer y experimentar personalmente el amor del Dios que proclamaba y “contagiarse” de ese amor para que llenara sus vidas y corazones. Así, llegarían a servir como instrumentos de Dios para comunicar ese mismo amor a un número cada vez mayor de personas.

Es importante también señalar que al sanar a los enfermos y echar fuera a los demonios, Jesús estaba actuando de *una manera subversiva*. Según el pensamiento popular, si alguien estaba padeciendo una enfermedad o tenía una discapacidad, era porque Dios – el Dios del sistema opresor – estaba castigando a esa persona por haber pecado. Para muchos, este pecado incluía el no someterse debidamente a las autoridades y no adorar, obedecer, y servir al Dios que estaba identificado con ese sistema, y por lo tanto con estos líderes y élites también. Entonces, cuando

Jesús ayudaba a personas que Dios supuestamente estaba castigando por sus pecados, estaba actuando en contra de Dios mismo, deshaciendo lo que Dios había hecho en su “justicia” y liberando a gente de sufrimientos que Dios les había impuesto por sus pecados para corregirlos y moverlos a conformarse con el sistema imperante. Quería que apoyaran y obedecieran a las autoridades que eran sus representantes.<sup>2</sup>

Por eso, en pasajes como Mar 2:1-12 y 2:23–3:6, los líderes judíos se enojan tanto con Jesús. En el primero de estos relatos, al declarar perdonados los pecados del paralítico antes de curarlo, Jesús estaba haciendo algo que sólo le correspondía a Dios, no sólo porque Dios es el único que tiene la autoridad para perdonar pecados, sino también porque el hecho de que Dios había castigado a ese hombre con la parálisis y lo había mantenido en ese estado significaba que Dios *no* le había perdonado sus pecados, sino que deseaba seguirlo castigando por esos pecados. Tanto en este primer relato como los dos que aparecen en Mar 2:23–3:6, el Dios en cuyo nombre Jesús estaba actuando no era el Dios del sistema que proclamaban los líderes religiosos aliados con ese sistema, sino un Dios subversivo que *se oponía* al Dios del sistema, deshaciendo el orden establecido por ese Dios y aprobando actividades que ese Dios condenaba, como la de profanar el día de reposo recogiendo granos para satisfacer el hambre y sanando a otra de las personas que Dios supuestamente había castigado, paralizando en este caso no sus piernas sino su mano. Y al actuar en nombre del Dios subversivo que proclamaba, haciendo cosas que el Dios del sistema condenaba, Jesús también estaba dando a entender claramente que el verdadero Dios *no* era el Dios del sistema proclamado por los líderes religiosos y las élites, de manera que estos líderes y élites representaban a un Dios falso y opresivo que ellos mismos habían creado para servir a sus propios intereses.

Por eso, al final de estos relatos, esos mismos líderes religiosos comenzaron a tramar con los herodianos—los líderes *políticos*—para ver cómo podían deshacerse de Jesús (Mar 3:6). Según Marcos, casi desde el principio de su ministerio, querían ver muerto a Jesús. Y el hecho de que, a pesar de esto, Jesús continuó adelante con su ministerio e inclusive decidió extenderlo a otras regiones y territorios, levantando aun más fuerte su voz en lugar de bajarla o callarla y haciendo cosas que atraían aun más la atención de la gente, manifestaba no sólo la inmensidad de su amor por el Dios que lo había enviado y por la gran cantidad de personas que atendía, sino también su denuedo y su falta de miedo ante las autoridades que querían controlarlo a él con sus amenazas, igual como habían controlado a la población en general. Nuevamente, de esta manera Jesús le mostraba a todo el mundo lo que era vivir por la fe, confiando plenamente en el Dios verdadero en lugar de temblar de miedo ante el Dios de los poderosos que justificaban en su nombre el sistema opresivo que habían impuesto sobre los demás.

Algunos biblistas han señalado que Jesús no sólo rechazaba la idea de que la pobreza y las aflicciones eran castigos divinos por los pecados (ver Luc 13:1-5; Jn 9:1-2), sino que consideraba que el mismo sistema generaba muchos de los males que padecía la gente. Warren Carter, por ejemplo, ha comentado que desde la perspectiva de Jesús y los evangelistas, “la enfermedad resulta en parte del sistema económico imperial (tributario) que le priva a gran parte de la población de la nutrición adecuada y del abasto de alimentos.”<sup>3</sup> Otros biblistas como Richard Horsley han argumentado que las personas que parecían estar poseídas por demonios en

realidad estaban sufriendo las consecuencias de un sistema que destruía sus vidas y las vidas de sus seres queridos, de manera que quedaban enajenadas y se portaban de maneras extrañas. Cuando la realidad que uno vive se torna insoportable, su cuerpo y mente recurren a mecanismos de defensa que lo llevan a desligarse y distanciarse de esa realidad, pues sólo así puede seguir sobreviviendo, y desde la perspectiva antigua, se veía esto en términos de estar poseído por un demonio. En realidad, no es del todo erróneo entender su situación en esos términos, pues en verdad viven atormentados por los “demonios” que llevan adentro, los cuales han internalizado a raíz de las cosas indecibles que han visto y experimentado, frente a las cuales no tienen otra forma de responder.

Cuando Jesús sanaba a la gente y expulsaba demonios, entonces, su propósito era restaurar a las personas a su comunidad. Esto lo vemos particularmente en el caso de los leprosos, pues al sanarlos y mandarlos a ver a un sacerdote para que éste los declarara “limpios” o “puros” nuevamente, Jesús permitía que volvieran a sus comunidades y a sus seres queridos. Al mismo tiempo, al sanar a personas que se habían enfermado por culpa del sistema opresivo que hacía su vida imposible o expulsaba demonios de personas que habían quedado enajenadas por las realidades tan duras, crudas, e insoportables que enfrentaban en su vida cotidiana, Jesús no podía simplemente enviarlas de regreso a los contextos que habían sido la causa de los males que sufrían. En ese caso, sólo volverían a enfermarse. Por eso, también buscaba transformar su realidad a través de su enseñanza y la formación de “comunidades alternativas” dentro de las cuales podrían vivir y experimentar el amor y la solidaridad y recibir la ayuda y el apoyo que necesitaban.

### *La formación de los discípulos de Jesús*

Cuando hablamos de los discípulos de Jesús, generalmente pensamos en los doce discípulos que eligió hacia principios de su ministerio para seguirle a través de su ministerio itinerante. Sin embargo, Jesús tenía a muchos otros seguidores y seguidoras que también eran considerados sus discípulos. Los Evangelios y el libro de los Hechos hablan de otras personas que lo habían acompañado durante su ministerio, entre los cuales había también mujeres.<sup>4</sup> El Evangelio de Lucas también menciona a otros setenta discípulos que Jesús envió a diversos lugares a realizar un ministerio parecido al suyo en esos lugares (Luc 10:1-24). En la mayoría de los casos, en lugar de pedirles a los que habían creído en él que le siguieran en su ministerio itinerante, los mandaba a su casa. Posiblemente esperaba que ahí compartieran con otros lo que habían aprendido de él y el amor que habían experimentado a través de él. Inclusive, podían formar comunidades locales de seguidores de Jesús que no le seguirían en un sentido físico y literal. Hoy día algunos biblistas hacen una distinción entre los “discípulos itinerantes” y los “discípulos sedentarios” de Jesús, que se quedaban en sus hogares y lugares de origen a la vez que le “seguían” de lejos.<sup>5</sup> De acuerdo a lo que leemos no sólo en los Evangelios sino también en el libro de los Hechos y los otros escritos del Nuevo Testamento, algunos de los discípulos que Jesús había formado llegaron a constituir la base y el núcleo de las comunidades de sus seguidores que comenzaron a establecerse alrededor del mundo después de su muerte.

El hecho de que Jesús preparó y entrenó a discípulos para que pudieran hacer las mismas cosas que hacía él y llevar a cabo un ministerio muy parecido al suyo indica que desde un principio tenía en mente la expansión de su comunidad de seguidores, de manera que se convirtiera en una “comunidad de comunidades” que existirían en distintos lugares, a la vez que se mantendrían en comunicación y comunión con las demás comunidades. Posteriormente su utilizaría el término *ekklēsia* o “iglesia” para designar a estas comunidades. Sin embargo, debido al hecho de que ese término ha cobrado otros significados a través de los siglos, de modo que para la mayoría de las personas hoy designa una institución, sobre todo de tipo jerárquico, aquí por lo general evitaré el uso de la palabra “iglesia” y más bien seguiré hablando de la “comunidad de seguidores” de Jesús, que a la vez era una “comunidad de comunidades.” Lo que quiso establecer Jesús no era una “iglesia” o muchas iglesias como las que conocemos hoy en su forma institucional, sino una comunidad de comunidades que seguirían llevando a cabo el mismo tipo de ministerio que él realizó durante su vida y que serían espacios en los que la gente pudiera conocer, experimentar, y practicar el amor incondicional y la solidaridad que constituían el centro alrededor del cual toda su actividad giraba.

También prefiero hablar de los seguidores y las seguidoras de Jesús en lugar de usar el término “discípulos,” ya que lo que Jesús les pedía a todos era que le *siguieran*. Esto significaba no sólo vivir de acuerdo a sus enseñanzas sino también someterse a él como su señor, además de creer y confiar en el Dios que él proclamaba y encarnaba, rechazando a los Dioses falsos que tanto los líderes judíos como los romanos y otros pueblos habían creado de acuerdo a sus propios intereses. Jesús no pretendía solamente ser un gran maestro que enseñaba verdades que la gente debía aceptar, ni tampoco simplemente ser una persona ejemplar que otras personas debían imitar como modelo. Más bien, quería encabezar a un grupo de seguidores suyos, guiándolos y acompañándolos de diversas maneras y llamándolos a seguirle como su pastor y señor.

El ministerio itinerante de Jesús contrasta marcadamente con el ministerio de Juan el Bautista, que se ponía al lado del Río Jordán y llamaba a la gente a acudir a él para ser bautizada. También contrasta con lo que vemos entre los esenios y los miembros de la comunidad de Qumrán, que se habían ido al desierto a vivir para apartarse de la sociedad y el sistema que ellos también creían opresivo y corrupto. En cambio, Jesús salía al encuentro de la gente ahí donde ésta se encontraba. Su motivo principal debía ser su deseo de alcanzar al mayor número posible de personas, pues su gran amor por todos no le permitía simplemente esperar a que la gente lo buscara a él, sino que lo motivaba a penetrar en áreas y aldeas donde mucha gente vivía olvidada y marginada, o donde por sus mismas enfermedades, discapacidades, limitaciones, y ocupaciones no podían desplazarse a otros lugares. Desde la perspectiva de Jesús, el amor incondicional mueve a uno a salir a buscar a la gente, igual como un buen pastor sale a buscar a su oveja extraviada (Mat 18:10-14; Luc 15:3-7).

Sin embargo, Jesús debía haber optado por un ministerio itinerante por otros motivos también. Por su itinerancia, tanto Jesús como sus discípulos tenían que depender de Dios y de los demás para suplir sus necesidades. Esto significaba que no tenían otra alternativa que “vivir por fe,” confiando completamente en Dios a la vez que confiaban en la bondad y la solidaridad

de otras personas que apoyaban su ministerio. De esta manera, Jesús no sólo enseñaba a sus discípulos que lo acompañaban a vivir por fe y perder el miedo con respecto a lo que habían de comer, beber, y vestir (Mat 6:25-34; Luc 12:22-31), sino que también enseñaba a la gente que los apoyaba a ser generosos y solidarios, además de permitirles sentir que tenían parte en ese ministerio de amor, a pesar de que por distintas razones no les era posible viajar con Jesús. El hecho de que esto era lo que Jesús pretendía está reflejado en los pasajes en los que envía a sus discípulos a salir a los pueblos y aldeas sin llevar comida ni dinero ni otros artículos que podrían necesitar, para depender solamente de la hospitalidad y generosidad de los que los recibirían (Mat 12:5-10; Mar 6:7-9; Luc 9:1-3; 10:3-8).

El hecho de que Jesús constantemente criticaba a los ricos también debía estar relacionado con este punto. Jesús no estaba en contra de los ricos – pues como Dios, amaba a los buenos y a los malos por igual (Mat 5:44-48) –, sino en contra de la manera en que explotaban, oprimían, y esclavizaban a los demás para hacerse ricos. Lo que les impedía entrar al reinado de Dios no era el hecho de ser ricos, sino el hecho de que, por ser ricos, daban prioridad a sus bienes materiales (en lugar de preocuparse por la gente) y dedicaban todo su tiempo y energías a cuidar y preservar lo que tenían y hasta tratar de acumular más. Cuando Jesús dice que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que una persona rica entre en el reinado de Dios, no está diciendo que Dios es el que les impide entrar en ese reinado, sino que su misma confianza en las riquezas y su afán de riqueza se lo impiden (Mar 10:24-25). De hecho, Jesús dice esto en el contexto del relato de joven rico que no quiso dejar atrás sus riquezas para seguir a Jesús, que según Marcos había mirado al joven con amor en lugar de despreciarlo (Mar 10:21).

Es necesario también insistir que Jesús no veía la pobreza como algo bueno o deseable en sí. Aunque declaró benditos a los pobres, esto era porque el reinado de Dios sería para ellos y ya no experimentarían hambre ni tristeza sino abundancia y gozo (Luc 6:20-21). Para Jesús, la pobreza no era un bien sino un mal. Y al adoptar un ministerio itinerante, su objetivo no era que él y sus discípulos experimentaran la pobreza sino más bien que pudieran todos dedicarse tiempo completo a servir a los demás y andar libremente, además de lograr los objetivos que ya hemos mencionado.

Otra razón por la que Jesús debía haber optado por la itinerancia en lugar de establecerse en un solo lugar era que, debido a lo que él decía y hacía, su vida siempre corría peligro. Si los que se oponían a Jesús querían arrestarlo o matarlo, primero tenían que encontrarlo, lo cual era más difícil si andaba de un lugar a otro y en muchos momentos se retiraba a lugares aislados, ya sea para descansar de su trabajo y las multitudes o por cautela debido a los riesgos que enfrentaba (Mat 14:13).

Cuando Jesús buscaba evitar los peligros, lo que lo motivaba no era el miedo sino el deseo de seguir adelante con su ministerio. Más tarde, entraría por voluntad propia en Jerusalén, e inclusive provocaría a las autoridades por la forma en que entraría a la ciudad y la acción que realizaría en el templo. También se pondría a enseñar en los atrios del templo a la vista de todos. Pero según Jesús, todavía no era tiempo para correr riesgos. Posiblemente por la misma razón no entró a las dos ciudades más grandes e importantes de Galilea, Séforis y Tiberias, pues las ciudades eran lugares peligrosas por la vigilancia que había allí. Jesús todavía tenía

que llevar su ministerio a otros lugares, y también necesitaba tiempo para preparar a sus discípulos.

En fin, en base a lo que hemos visto, lo que pretendía Jesús era bastante claro: llevar a otros a vivir de formas que realmente promoverían la justicia y el *shalom* para el bienestar de todos. Esto significa rechazar y denunciar el sistema opresivo impuesto a Roma, aun cuando había que hacer esto con cautela y prudencia, y enseñarle a la gente a practicar el amor incondicional y la solidaridad, confiando en Dios y esperando la venida de su reinado. Esto lo podían hacer sólo si perdían el miedo, lo cual constituía otro de los objetivos principales de Jesús. De esta manera, Jesús podría formar comunidades alternativas en las que sus seguidores podrían amarse y cuidarse los unos a los otros.

### LOS CONFLICTOS GENERADOS POR EL MINISTERIO DE JESÚS

Según los cuatro Evangelios, desde el principio de su ministerio, Jesús se vio envuelto en conflictos constantes, sobre todo con los líderes religiosos judíos. En general, estos conflictos giraban en torno a tres cuestiones: su autoridad, su relación con los que eran considerados “pecadores,” y su interpretación de la ley.

Desde el principio de su Evangelio, Marcos afirma que los que escuchaban a Jesús “se admiraban de su enseñanza, porque les enseñaba como alguien que *tiene autoridad*, y no como los escribas” (Mar 1:22). Hacia el final de los Sinópticos, cuando está en Jerusalén, los principales sacerdotes, escribas, y ancianos le preguntan de dónde tiene su autoridad (Mat 21:23-27; Mar 11:27-33; Luc 20:1-8), mientras en el Evangelio de Juan, esta pregunta aparece continuamente, casi en cada capítulo. Para los judíos en general, así como para los escribas, los maestros de la ley, los sacerdotes, los fariseos, los saduceos, los esenios, los miembros de la comunidad de Qumran, y otros grupos dentro de las diversas corrientes del judaísmo, no había ninguna autoridad en la tierra superior a la autoridad de la ley y Moisés, por medio de quien Dios había dado esa ley. Por eso, todos estos grupos afirmaban que lo que Dios pedía de todos era simplemente que guardaran esa ley, y la gran mayoría de estos grupos dedicaban mucho tiempo al estudio y la interpretación de esa ley.

En cambio, según los Evangelios, Jesús no pasaba mucho tiempo comentando y discutiendo lo que mandaba la ley de Moisés. De hecho, con la excepción de unos cuantos pasajes, Jesús nunca inicia discusiones con sus adversarios sobre la interpretación de la ley; más bien, eran ellos los que introducían ese tema, generalmente para cuestionar lo que estaba diciendo, enseñando, o haciendo Jesús. Al mismo tiempo, los Evangelios presentan a Jesús hablando y actuando como si tuviera una relación especial con Dios, a quien llamaba *Abba*. Sin duda, no era raro o inédito entre los judíos que se designara a Dios como “Padre,” pero la forma en que lo hacía Jesús daba la impresión de que compartía una relación muy directa e íntima con Dios y que había recibido de Dios una autoridad que superaba tanto la autoridad de la ley como la de Moisés.

Esto no significa que Jesús no guardaba la ley o enseñaba a los demás que no era necesario guardarla. De hecho, en pasajes como Mat 5:17-32, parece insistir no sólo que era

necesario observar los mandamientos, sino ir más allá de un cumplimiento literal. No sólo había que abstenerse de matar, sino también de enojarse con los demás o tratarlos mal. No sólo había que evitar el adulterio sino también evitar ver a otras personas con lujuria. En estos pasajes y otros, Jesús empieza a comentar lo que está en la ley diciendo: “Ustedes escucharon que fue dicho esto,” para luego citar un mandamiento, y luego agregaba, “Pero *yo* les digo” esto otro. Este uso de la voz pasiva entre los judíos era otra forma de evitar pronunciar la palabra “Dios,” una práctica que ya hemos mencionado arriba. Esto significa que cuando Jesús decía, “Ustedes escucharon que fue dicho” sin especificar *por quién* fue dicho, los judíos que lo escuchaban entendían muy bien que estaba diciendo en efecto, “Ustedes han escuchado que Dios dijo esto.” Entonces, cuando luego afirmaba, “pero *yo* les digo esto otro,” sus palabras se oían muy fuertes. Si Jesús habló en esos términos, la reacción de muchos de los que lo escuchaban sería parecida a la reacción de una congregación de creyentes hoy si un predicador dijera, “Ustedes han escuchado que Jesús dijo esto, pero *yo* les digo esto otro.” La reacción sería, ¿quién se cree éste para hablar así?

Hay muchos otros indicios en los Evangelios que indican que Jesús afirmaba tener una autoridad especial que era superior a la ley y Moisés, ya que había recibido su autoridad directamente de Dios su Padre. Decía que algún día todos serían juzgados *por él*, y que él diría quiénes entrarían o no entrarían al reinado de Dios (Mat 7:21-23; 25:31-46). En lugar de que la gente se sometiera al yugo de la ley, debían llevar sobre sí el yugo *de Jesús*, ya que él les daría el descanso o reposo que supuestamente daba la ley (Mat 11:28-30). En el cuarto Evangelio, cuando Jesús es criticado por haber sanado a un parálítico en el día de reposo, contesta: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo,” y en seguida el evangelista agrega que los judíos empezaron a buscar matarlo “porque no sólo violaba el mandamiento sobre el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn 5:17-18). La afirmación que Jesús trabaja en el día de reposo igual que su Padre refleja la idea que, mientras todos los seres humanos debían descansar en ese día, Dios no podía, pues tenía que seguir sosteniendo el mundo y actuando igual que los otros días de la semana.

Las autoridades también cuestionan la autoridad que tiene Jesús para perdonar pecados; en el pensamiento judío, sólo Dios o los que él había nombrado (como los sacerdotes) podían declarar perdonados los pecados (Mat 9:2-8; Mar 2:1-12; Luc 5:17-26; cf. 7:48). Pero en Mateo y Juan, Jesús no sólo perdona pecados personalmente, sino que también les da esa autoridad a sus discípulos (Mat 16:18-19; 18:18; cf. Jn 20:23). Esto enfatiza aun más su autoridad.

En fin, podríamos citar muchos pasajes de los cuatro Evangelios que recalcan la autoridad divina de Jesús. Muchos historiadores cuestionarían la historicidad de muchos de estos pasajes y dirían que sólo se le atribuían a Jesús dichos como los que hemos visto después de su muerte, cuando sus seguidores llegaron a creer que había resucitado para luego ser exaltado al lado de Dios. Pero es dudoso que por sí sólo la resurrección los llevaría a esa conclusión sobre su autoridad divina, pues otra figuras como Enoc y Elías supuestamente habían sido elevados al cielo, y no se hablaba de ellos en esos términos. Muchos han señalado que los seguidores de Jesús sólo habrían afirmado que gozaba de una autoridad especial y única *después* de su muerte si *ya antes* de su muerte habían tenido esa idea de él.

Lo mismo hay que decir con respecto a títulos como hijo de David, Hijo de Dios, rey de los judíos, y Mesías o Cristo. Aun cuando estaban convencidos de que había resucitado de entre los muertos, difícilmente habrían aplicado esos títulos a Jesús *después* de su muerte si no se los aplicaban *antes* de esa muerte. Por ejemplo, si antes de su muerte nadie creía que él era el Mesías o Cristo, la fe en su resurrección en sí no habría llevado a sus seguidores a adoptar esa creencia. Por eso, es mucho más probable que muchos creyeran que Jesús poseía una autoridad especial y única que había recibido de Dios *antes* de su muerte, y luego al estar convencidos de que había resucitado, vieran su resurrección como prueba de la veracidad de lo que se había dicho de él y su relación con Dios.

El hecho de que Jesús comía y bebía con los “pecadores” y andaba con los cobradores de impuestos también generó conflicto (Mat 9:10-13; 11:19; Mar 2:15-17; Luc 5:30-32; 7:34-50; 15:1-32). De hecho, según Mateo, después de que llegaron los principales sacerdotes y ancianos a preguntar sobre su autoridad, Jesús les dijo: “Les digo la verdad: los cobradores de impuestos y las prostitutas entrarán al reinado de Dios antes que ustedes” (Mat 21:31)—palabras muy fuertes. En realidad, muchos de los líderes judíos consideraban a casi toda la gente común y ordinaria, sobre todo los pobres, como pecadores. Como hemos señalado anteriormente, en parte esto era porque, según la lógica de muchos judíos, si uno era pobre, era un castigo de Dios. De esta manera, por definición todos los pobres eran pecadores, porque si *no* fueran pecadores, no serían pobres.

En su libro *En memoria de ella*, Elisabeth Schüssler Fiorenza explica quiénes eran estos “pecadores” y “prostitutas”:

Igual que sucede actualmente, también en la Antigüedad la mayor parte de las prostitutas eran mujeres sin recursos ni cualificaciones (67). Presentes fundamentalmente en las ciudades, vivían con frecuencia en burdeles o en casas próximas al Templo. Eran, habitualmente, esclavas, muchachas que habían sido vendidas o alquiladas por sus padres, esposas alquiladas por sus propios maridos, mujeres pobres, jóvenes desprotegidas, divorciadas y viudas, madres solteras, cautivas de guerra o de piratería, mujeres compradas por los soldados; en suma, mujeres que no podían cubrir sus necesidades por su situación en la familia patriarcal o que tenían que trabajar para vivir pero no podían hacerlo en las profesiones de la clase «media» o «superior». En la Palestina desgarrada por la guerra, el impuesto colonial y la escasez, el número de tales mujeres debió de ser elevado.

La noción de «pecador» puede admitir múltiples significados. Puede aplicarse a la gente que no respeta la Tora, ya sea en el sentido más estricto de los saduceos o en el más amplio de los fariseos, a los que en nuestro lenguaje llamaríamos criminales (en Israel, la ley política y la religiosa eran una misma cosa), o aquéllos que trabajaban en oficios de mala reputación, como vendedores de fruta, porquerizos, vendedores de ajos, marinos, pregoneros, recaudadores de impuestos, proxenetas, prostitutas, criados y otras ocupaciones serviles, todas las cuales eran consideradas «contaminantes» o «impuras» por los teólogos e intérpretes de la Tora. Todas estas categorías de pecadores eran, de una u otra forma, individuos marginales, mal pagados y con frecuencia maltratados. Las pocas

prostitutas o recaudadores «ricos» eran la excepción y, como tal excepción, ponían de manifiesto el carácter opresivo del sistema socio-religioso.<sup>6</sup>

Según los líderes judíos y la sociedad en general, la manera en que había que tratar a los “pecadores” era condenándolos y evitando toda relación e inclusive conversación con ellos. Así como Dios los rechazaba, la gente piadosa también debía rechazarlos. Supuestamente, ésa era la forma de presionarlos para que dejaran de vivir en el pecado. Cuando Jesús hacía lo contrario, conviviendo, comiendo, y bebiendo con los que habían sido etiquetados como “pecadores,” parecía estar aprobando su forma de vida, como si fuera aceptable ante Dios aun cuando era contraria a la ley.

Sin embargo, Jesús lo veía de otra manera. Si Dios amaba a todo el mundo con amor incondicional, entonces también amaba a los pecadores; y según Jesús, la única forma de mostrarles ese amor incondicional era acercándose a ellos y conviviendo con ellos. Pero esto no significaba aceptar o aprobar la conducta pecaminosa. En primer lugar, Jesús no aceptaba la definición de los líderes judíos de lo que era un pecador, pues en los ojos de ellos, él mismo era un pecador—tal vez el más grande de los pecadores, porque no sólo pecaba él mismo sino que supuestamente llevaba a otros a pecar como su maestro o *rabí*, debido a la forma en que interpretaba (o según ellos, *malinterpretaba*) la ley y el hecho de que, si él convivía abiertamente con los pecadores y violaba la ley, daba la impresión de que otros debían hacerlo también. Por eso, para Jesús, esta gente no era necesariamente pecadora. En segundo lugar, como acabamos de ver en la cita de Schüssler Fiorenza, Jesús sabía que muchas veces lo que llevaba a la gente a pecar era precisamente su pobreza. Por ejemplo, se consideraba a todos los pastores de ovejas como pecadores porque muchas veces trabajaban en el día de reposo—las ovejas tenían que pastar—y en el campo, no les era posible siempre lavarse las manos antes de comer, entre otras razones. Y en tercer lugar, para Jesús—como para cualquiera otra persona—era posible convivir con los pecadores sin aprobar su vida pecaminosa, ni mucho menos caer en los mismos pecados en los que ellos caían.

Al convivir con los pecadores—en particular, los que en verdad eran pecadores aun desde la perspectiva de Jesús—es casi seguro que Jesús quería que cambiaran su forma de vida y dejaran de cometer males para mejor hacer el bien. En otras palabras, quería que se arrepintieran. Esto es evidente por la comparación que hace entre los pecadores y las personas enfermas: “No son los sanos quienes necesitan de un médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mar 2:17; Mat 9:12; Luc 5:31). Estas palabras son muy importantes, pues indican que Jesús veía a los “pecadores” como personas “enfermas.” A las personas enfermas, no se les condena, ni se les culpa de su enfermedad, sino más bien se les muestra compasión tratando de *ayudarles y sanarlas*. Jesús, entonces, veía a los “pecadores” como personas que necesitaban de su ayuda, y no como personas a quienes había que condenar.

Algunos biblistas han afirmado que cuando Jesús se refiere a los “justos,” a quienes *no* “vino a llamar,” tenía en mente personas como los líderes religiosos, los fariseos, escribas, y maestros de la ley. Pero esto va en contra de todo lo que encontramos en los Evangelios. Jesús constantemente reprocha a los líderes por sus pecados e injusticias. Todo el capítulo 23 del Evangelio de Mateo los presenta en estos términos. Ahí Jesús dice de los escribas y fariseos:

“Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.... ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque cierran el reino de los cielos delante de la gente, de modo que ni entran ustedes, ni dejan entrar a los que querían entrar. ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoran las casas de las viudas, y para justificar el mal que han hecho hacen oraciones largas.... ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorren los mares y la tierra para hacer un prosélito, y una vez que lo han logrado, lo hacen dos veces más hijo del infierno que ustedes.... ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque dan el diezmo de la menta y el eneldo y el comino, pero dejan a un lado lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe.... ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpian la parte externa del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y de injusticia” (Mat 23:4, 13-15, 23, 25).

Aquí y en el resto del capítulo vemos a Jesús en toda su ira. Pero esa ira es la misma que encontramos en el Antiguo Testamento cuando los que decían ser fieles siervos de Dios y le presentaban sacrificios y oraciones cometían toda clase de injusticias y maldades, utilizando diversas formas de violencia; y todo esto lo hacían en nombre de Dios, como si Dios mismo aprobara y autorizara todo el mal que hacían. Generalmente, igual como sucedía con Dios en el Antiguo Testamento, no era simplemente el pecado lo que suscitaba su ira, sino también otras dos cosas: que cometían y justificaban ese pecado en el nombre de Dios, de manera que las otras gentes y naciones no querían saber nada de ese Dios opresivo; y segundo, que aun cuando repetidamente se les señalaba sus injusticias y maldades, no sólo por amor a ellos sino también por amor a los que oprimían y maltrataban, no se arrepentían. Jesús no odiaba a los que llamaba “sepulcros blanqueados,” “guías ciegos,” y “generación de víboras” (Mat 23:26-33). Nunca les deseó mal ni les hizo maldades. Al contrario, los amaba y quería que dejaran de ser opresivos. Su amor por ellos y todos los demás es evidente por la forma en que termina ese capítulo: Jesús llora y se lamenta de que quiso muchas veces juntarlos como la gallina junta sus pollitos, pero no se dejaban, y como consecuencia su “casa” iba a quedar “desierta” (23:37-38).

Entonces, no cabe duda de que Jesús incluía a los líderes religiosos cuando decía que había venido a llamar a los pecadores y no a los justos. Su parábola del fariseo y el cobrador de impuestos afirma esto de manera explícita: después de representar al fariseo dándole gracias por ser tan santo y bueno, a diferencia del cobrador de impuestos que el fariseo mantenía a la distancia, el cobrador de impuestos ni siquiera levanta la mirada, sino que se golpea el pecho y dice, “¡Dios, ten compasión de mí, pues soy un pecador!” (Luc 18:9-14). Lucas empieza este relato diciendo que Jesús contó esta parábola para “los que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a otros” (v. 9), y lo termina diciendo del cobrador de impuestos: “Les digo que éste regresó a su casa *justificado* en contraste con el otro” (v. 14). Aquí, aunque suene paradójico, el justo es el pecador, y el pecador es el justo.

Para Jesús, ser “justo” significaba reconocer el pecado de uno, pedirle perdón a Dios y los demás, y comprometerse a seguir el camino de la justicia, la verdad, y el amor. Esta definición de quiénes son los justos es la misma que encontramos en el Antiguo Testamento. Y esto era lo que Jesús esperaba de los “pecadores” con los que convivía, pero lo que se negaban a

hacer los líderes religiosos. Los que reconocen su pecado y piden perdón y ayuda para cambiar son como los enfermos que reconocen su enfermedad y van al médico para buscar ayuda. A personas como éstas, se les puede ayudar, cambiar, y transformar. En cambio, a los que se niegan a reconocer que son pecadores y que están enfermos no se les puede ayudar, porque ni reconocen que necesitan ayuda ni aceptan la ayuda que se les ofrece—de hecho, les enoja que alguien piense que necesiten ayuda. Y por eso, viven lastimando y haciéndoles mucho daño a los demás. En cambio, los que reconocen su pecado y le piden a Dios ayuda para cambiar buscan *evitar* lastimar y hacerles daño a los demás; al contrario, quieren ayudarles y servirles en amor.

Al mismo tiempo, es verdad que por lo general Jesús no llamaba a los pecadores a arrepentirse de su pecado. En parte, esto era porque sabía que la forma de cambiar el corazón de otras personas no es *condenándolas* sino *mostrándoles amor incondicional, misericordia, solidaridad, y gracia*. Cuando simplemente se les condena, hasta se ponen a la defensiva y defienden su propio comportamiento a la vez que señalan la maldad e hipocresía de los que los condenan. Pero aparentemente Jesús también no usaba el lenguaje del arrepentimiento porque, en arameo igual que el hebreo, arrepentirse significaba *volver a Dios y a su ley*. Si les hubiera dicho “¡Arrepiéntanse!” a los “pecadores,” lo hubieran visto de la misma manera que veían a los líderes judíos, que llamaban a la gente a volver al Dios opresivo que ellos proclamaban y adoptar sus interpretaciones de la ley, que también eran opresivas. Una de las razones que Jesús se enojó tanto con los líderes judíos es que destruían la fe en Dios de los demás, dejándoles sin Dios y sin ayuda ni socorro. ¿Por qué? Porque el único Dios del que escuchaban los “pecadores” era un Dios opresivo que les llamaba a seguir a gente “santurrón” e hipócrita como los líderes judíos, aceptando no sólo su definición de Dios sino también su definición del bien y el mal, la justicia y la injusticia. Y como nunca escuchaban de otro Dios, rechazaban a Dios, de manera que se les consideraba ateos y se les llevaba a considerarse a sí mismos como ateos. De esta forma, se quedaban sin Dios, y no tenían a quién acudir para recibir la ayuda y el socorro que sólo Dios puede dar. Así quedaban desprovistos de un Dios que les ayudara y se preocupara por ellos, y todo por culpa de los líderes religiosos.

Entonces, Jesús no llamaba a los pecadores a arrepentirse y volver a Dios porque él no quería que volvieran al único Dios del que se les había hablado, el Dios opresivo de los líderes religiosos. Más bien, su objetivo era que conocieran a otro Dios—el Dios de amor incondicional, misericordia, bondad, gracia, y solidaridad. Y Jesús sabía que la única forma en que podían conocer a ese Dios era que él les mostrara, no sólo en palabras sino sobre todo *por sus hechos*, ese amor incondicional. Al mismo tiempo, tenía que proclamar en voz alta a oídos de todo el mundo que rechazaba y repudiaba con todo su ser a ese Dios opresivo que proclamaban los líderes judíos, desligándose de esos líderes y todo lo que hacían y representaban. Sólo así podía dejar en claro que el ser a quien *él* llamaba “Dios” era un ser totalmente contrario al ser a quien tanto los líderes judíos como los que los escuchaban llamaban “Dios.” Por supuesto, esto sólo generó más conflicto con los líderes. Y como el Dios que repudiaba Jesús era el Dios del sistema establecido y el orden social que habían establecido los romanos con la colaboración de los líderes judíos, era inevitable que Jesús chocara con ese sistema y orden.

Al considerar las discusiones que Jesús tuvo con los líderes con respecto a la ley, hay que señalar que las discusiones no tenían que ver con la ley en sí, sino con las *interpretaciones* que los líderes estaban dando a la ley. Según Jesús, lo que ellos seguían no era la ley sino sus propias tradiciones, esto es, las interpretaciones de la ley que habían heredado de sus antecesores. Esas tradiciones *invalidaban* los mandamientos de Dios en lugar de sostenerlos (Mat 15:3-6; Mar 7:8-9). Hay que recordar también que la “ley judía” o Torá como la conocemos hoy no existía todavía como tal en tiempos de Jesús, no sólo porque existía en diversas versiones escritas que no siempre concordaban entre sí, sino sobre todo porque aquella era una cultura oral en la que “la ley” se transmitía más de manera verbal que de manera escrita.<sup>7</sup> Eso significa que las discusiones y conflictos que tuvo Jesús con los líderes religiosos no giraban en torno a la ley en sí, que Jesús también aceptaba; de hecho, según Mateo, Jesús jamás quiso abrogar esa ley sino hacerla cumplir (Mat 5:16-20). Pero la forma de cumplirla no era simplemente siguiéndola literalmente, sino practicando la justicia y el amor que esa ley mandaba. Por eso, Mateo presenta a Jesús diciéndoles a los demás que su justicia tenía que ser “mayor que la de los escribas y fariseos,” pues como acabamos de ver, para ellos el cumplimiento de la ley en cada detalle era más importante que la misma gente—por eso, se enojaban cuando Jesús sanaba en el día de reposo— y más importante que la práctica de la justicia, la misericordia, la fe, y el amor. Por eso, para Jesús, ellos no guardaban la ley sino que la violaban.

## LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JESÚS EN JERUSALÉN

Según los Evangelios, antes de que Jesús subiera a Jerusalén por última vez, sabía que iba a morir ahí. Esto lleva a la pregunta: ¿Por qué fue a Jerusalén si sabía que lo iban a matar? La respuesta que ha dado la teología cristiana tradicional es que Jesús sabía que tenía que morir por los pecados del mundo en el sentido de sufrir el castigo que esos pecados merecían en lugar de los seres humanos que los habían cometido. Por muchas razones, hay que rechazar esa respuesta. Creo que para ver las razones por las que Jesús subió a Jerusalén a pesar de que sabía que lo iban a matar, sólo tenemos que ver lo que hizo allí.

### *El ministerio de Jesús en Jerusalén*

Según los Evangelios, la actividad principal de Jesús en Jerusalén fue *la enseñanza*. Durante su juicio ante las autoridades, Jesús mismo dice que había estado “todos los días” o “día tras día” enseñando en el templo abiertamente (Mat 26:55; Mar 14:49; Luc 21:37; Jn 18:20). Según Mateo, Jesús también realizó sanaciones en el templo (Mat 21:14). Esto sugiere que Jesús quería seguir llevando a cabo en Jerusalén el mismo ministerio que había llevado a cabo en Galilea y otras regiones. Según la tradición posterior que aún seguimos hoy, Jesús entró a Jerusalén en domingo y fue arrestado el siguiente jueves, de manera que no pudo haber enseñado más que cinco días. Sin embargo, los Evangelios no dicen cuánto tiempo estuvo Jesús en Jerusalén, y la frase “todos los días” sugiere que estuvo más de cinco días. Si quería llevar a cabo su ministerio ahí, en gran parte sería porque quería que se extendiera aun más su mensaje y su comunidad de seguidores. Inclusive, como venían muchos judíos a Jerusalén durante esos

días para celebrar la Pascua, podía esperar que algunos de ellos llegaran a creer en él y, al regresar a sus lugares de origen, compartieran con los demás lo que habían escuchado y conocido de él.

Sabiendo que su enseñanza y sus denuncias generarían el mismo conflicto en Jerusalén que habían generado en Galilea—o inclusive *más* conflicto—y que iba a enseñar en un lugar público con el mismo denuedo y atrevimiento que siempre lo habían caracterizado, Jesús no tenía que ser adivino o profeta ni tener una revelación divina para saber que en Jerusalén su vida correría peligro. También, si iba a entrar al templo a volcar mesas y echar fuera a los cambistas, los vendedores, y los compradores, debía llegar a la misma conclusión. Según Marcos, lo primero que hace Jesús al entrar a la ciudad es ir al templo para “inspeccionarlo,” sin duda para planear la acción en el templo que llevaría a cabo al día siguiente ahí—una acción que hoy los biblistas prefieren no llamar “purificación,” ya que Jesús no podía esperar purificar de manera permanente el templo, sino sólo llevar a cabo un acto profético de denuncia y protesta contra lo que estaba ocurriendo allí (Mar 11:11-15). Jesús había visto con sus propios ojos desde su niñez la forma en que el templo devoraba gran parte de los bienes de gente como los agricultores en Galilea, que no sólo tenían que entregar gran parte de sus cosechas a los romanos sino también a los sumo sacerdotes. Por eso, siguiendo al profeta Jeremías (7:11), se refiere al templo como una “cueva de ladrones” (Mar 11:17; Mat 21:13; Luc 19:46). Todo aquello era un gran negocio para la familia del sumo sacerdote, pues sin duda ellos fijaban el “tipo de cambio” de acuerdo a su conveniencia para que la gente comprara los animales y bienes que iban a ofrecer en el templo con la única moneda que se aceptaba en el templo—el siclo de Tiro—sabiendo que difícilmente iban a traer a sus propios animales desde los lugares tan distantes de donde venían. Asimismo, como la familia del sumo sacerdote tenía un control casi absoluto sobre el templo, los que estaban vendiendo ahí no eran “empresarios independientes” sino empleados de la misma “familia” (es interesante que hoy día se utiliza este término muchas veces para referirse a los grupos mafiosos que pretenden acaparar los negocios), o si no, pagaban lo que hoy conocemos como “derecho de piso” para poder vender ahí.

Si Jesús ya tenía planeada su acción de denuncia y protesta en el templo, entonces, que afectaría al mismo sumo sacerdote y su familia, sobre todo durante los días festivos más importantes del calendario judío, cuando habría mucha gente ahí, ¿cómo no sabría que eso pondría su vida en peligro? Algunos historiadores dudan que pudiera haber sabido de antemano que moriría en una cruz, pero lo podían matar de otras formas, apedreándolo o mandando a alguien a matarlo cuando estaba a solas (pues no pasaba las noches en Jerusalén sino en un pueblo cercano, Betania; Mar 11:11-12, 15, 19). El procurador romano, quien como hemos visto siempre viajaba a Jerusalén para las fiestas por temor a los disturbios y colocaba a sus soldados como guardias alrededor de la ciudad, tampoco toleraría acciones como la que llevó a cabo Jesús en el templo, pues podrían incitar al pueblo, prendiendo una mecha que ya existía desde hacía mucho tiempo que podía hacer estallar a la ciudad en cualquier momento con tantos judíos devotos ahí para celebrar la Pascua.

No hay ninguna evidencia de que Jesús entrara al mismo templo a participar del culto sacrificial que se llevaba a cabo ahí. Si consideraba el templo como una “cueva de ladrones” que había dejado de ser una “casa de oración para todos los pueblos” (Mar 11:17; Mat 21:13; Luc 19:46), difícilmente iba a presentar sacrificios ahí. El lugar donde enseñaba era en los atrios del templo, que no eran tanto un lugar de adoración sino algo como la “plaza principal” de la ciudad, donde la gente se congregaba. Según los Evangelios, una vez tras otra se acercaron a él los líderes religiosos para ver si lo podían “atrapar” o hacer quedar mal en los ojos del pueblo. El mejor ejemplo de esto es la pregunta que le hacen sobre si según la ley judía era permisible pagar tributo al César. Sabían que si Jesús decía que sí, quedaría desprestigiado entre todo el pueblo, como alguien que apoyaba la colaboración con los romanos, pero si decía que no, podrían denunciarlo ante las autoridades romanas (como de hecho hicieron falsamente después, según Luc 22:2). Ese tributo se pagaba con una moneda que llevaba la imagen del César, y según la ley judía tal uso de imágenes era prohibido como algo idolátrico— aunque no sólo el César sino también varios de los gobernantes herodianos habían mandado acuñar monedas con su propia imagen, suscitando así la ira y condenación de muchos judíos. Llama la atención que en este relato, Jesús les pide a los que le han hecho la pregunta que le mostraran una de esas monedas, y alguien entre ellos en seguida sacó una de su bolsa. Esto es muy significativo, pues Jesús no traía una de esas monedas, sin duda porque no las usaba. Después de preguntar de quién era la imagen en la moneda, Jesús responde: “Pues den al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.”

Lo que Jesús les estaba diciendo a los líderes judíos en efecto era lo siguiente: “Todos ustedes participan en ese sistema corrupto e idolátrico establecido por los romanos, apoyándolo y haciéndose cómplices de los males que cometen, lo cual es evidente por el hecho de que ustedes traen y utilizan las monedas del César. Pero ni yo ni mis discípulos traemos esas monedas, porque no apoyamos ni aceptamos ese sistema corrupto.” Según ese sistema, todo lo que había en el imperio era en algún sentido propiedad del emperador, así que los que apoyaban al César y pagaban el tributo no sólo colaboraban con el sistema opresivo impuesto por los romanos, sino que al hacerlo estaban reconociendo de manera implícita la soberanía del César sobre todos. Pero para Jesús, al César no le pertenecía nada, pues todo le pertenecía únicamente al Dios que él proclamaba. Entonces con su respuesta Jesús no estaba animando a la gente a “pagar sus impuestos” como buenos ciudadanos, como muchas veces se ha interpretado ese pasaje, aparte de dar sus ofrendas a Dios. Más bien estaba diciendo, “Ustedes reconocen el señorío de César sobre todo, a pesar de que como representantes del Dios de Israel debían reconocer solamente el señorío y la soberanía de Dios como dueño de todo lo que existe. Pero yo no reconozco el señorío de César, sino únicamente el del verdadero Dios.”

Según Mateo, en otro momento los que cobraban el impuesto para el templo bajo las órdenes del sumo sacerdote se acercaron a los discípulos de Jesús para preguntar si él también pagaba ese impuesto (Mat 17:24-27). Sabemos por las fuentes antiguas que muchos judíos consideraban injusto e ilícito el cobro de ese impuesto, pues según ellos la ley sólo exigía que se pagara ese impuesto una vez en la vida, y no una vez al año (Ex 30:24; 38:26).<sup>8</sup> Sin embargo, los sumo sacerdotes habían recibido de Roma la autoridad para cobrar ese impuesto alrededor del imperio, inclusive por la fuerza si fuera necesario. Jesús luego le dice a Pedro, “¿Qué te parece,

Simón? ¿A quiénes obligan los reyes de la tierra a pagar impuestos: a sus hijos o a los que no son parte de la familia?” Pedro le responde: “De los que no son parte de la familia,” y Jesús luego observa: “Entonces se supone que los hijos están exentos.” Sin embargo, según Mateo, Jesús le dice a Pedro que “para no dar ofensa,” vaya a echar un anzuelo en el mar, y al sacar un pescado, hallaría en su boca la moneda necesaria para ir a pagar ese impuesto. Sea o no verdad esta historia, representa una tradición según la cual Jesús no aprobaba el pago del impuesto para el templo, aun si lo pagaba.

Otros pasajes de los Evangelios reflejan la misma actitud hacia el templo y las autoridades religiosas. Cuando los discípulos se maravillan de la grandeza y la hermosura del templo que Herodes había construido, Jesús predice su destrucción, diciendo que no quedará una piedra sobre otra (Mar 13:1-2). Jesús sabía que edificios de ese tipo sólo servían para consolidar el poder de las autoridades, pues si era tan impresionante el edificio, tanto los sacrificios que se presentaban ahí como los sacerdotes que ofrecían esos sacrificios debían ser dignos de mucho respeto y admiración. Y si esto era verdad con respecto a los sacerdotes ordinarios—la gran mayoría de los cuales no vivían del sacerdocio ni eran de las clases altas—con mucha más razón debía ser verdad con respecto al sumo sacerdote que estaba por encima de todos los demás. Obviamente, Jesús no veía ni al sumo sacerdote ni al templo de esa manera. Posteriormente, durante su juicio, acusan a Jesús de haber dicho que él iba a destruir el templo. Aun si esa acusación era falsa, como afirma Marcos, refleja una actitud negativa hacia el templo. Asimismo, en su parábola de los labradores de la viña, que maltratan y matan a los que les son enviados para recoger los frutos que le correspondían al dueño del viñedo, los evangelistas dejan muy en claro que Jesús contó esta parábola en contra de los principales sacerdotes y los ancianos, y que ellos lo sabían (Mar 12:1-12). Sin embargo, por miedo a las multitudes, no le hacen nada a Jesús. Desde la perspectiva de Jesús, los líderes judíos no habían dado los “frutos” que le correspondían a Dios: no sólo la justicia y misericordia que debían haber practicado en relación al pueblo, sino también la justicia y misericordia que debían haber inculcado en el mismo pueblo como sus líderes y guías, tanto a través de su enseñanza como a través de sus acciones y enseñanzas.

Cabe notar también la respuesta de Jesús cuando, al estar enseñando en el templo, los principales sacerdotes y ancianos le preguntan de dónde había recibido su autoridad (la cual ellos no reconocían; Mar 11:27-33; Mat 21:23-27; Luc 20:1-8). Jesús se niega a ofrecer una respuesta si ellos no contestan primero una pregunta de él: ¿de dónde había venido la autoridad de Juan el Bautista para bautizar: de Dios o de los hombres? Desde la perspectiva de Jesús y la mayor parte del pueblo, la autoridad de Juan había venido de Dios. El pueblo en general respetaba y había apoyado a Juan, aunque él había sido arrestado y ejecutado por Herodes por ser subversivo, pues al denunciar el hecho de que Herodes había tomado como mujer a la esposa de su hermano, que era prohibido por la ley, Juan no estaba simplemente cuestionando la moralidad de Herodes sino señalando sus maquinaciones ilícitas, pues Herodes había tomado a Herodías por esposa sólo por motivos políticos, para ampliar y consolidar su poder en la región. Cuando Jesús les hace su pregunta, él sabía que iba a poner en evidencia la hipocresía, corrupción, y maldad de estas autoridades judías, pues si contestaban que Juan no había recibido de Dios su autoridad, quedarían mal a los ojos del pueblo; pero si contestaban

que sí la había recibido de Dios, Jesús les preguntaría, “Entonces, ¿por qué no creyeron en él y más bien aprobaron su ejecución al no denunciarla?” Por eso, ellos no quisieron contestar la pregunta de Jesús con un Sí o No, y sólo dijeron, “No sabemos.” Jesús sabía que ellos no reconocían la autoridad divina de Juan, y que si él decía la verdad de que la autoridad que él tenía era de Dios, tampoco lo aceptarían y al contrario lo meterían en más problemas al denunciarlo como alguien que estaba alborotando al pueblo con su enseñanza subversiva, y apoyando su enseñanza diciendo que venía de Dios. De esta manera, lo que Jesús denunciaba tendría que ser entendido como algo que Dios mismo denunciaba.

### *La entrada de Jesús a Jerusalén*

Los cuatro Evangelios coinciden en afirmar que Jesús entró a Jerusalén montado en un burro mientras las multitudes lo aclamaban “rey” o “rey de Israel” (Luc 19:38; Jn 12:13), o lo celebraban como el que iba a cumplir las esperanzas que tenían en cuanto a un mesías (Mat 21:1-11; Mar 11:1-10). Todos presentan esta reacción de las multitudes como algo espontáneo de su parte.

Aunque este relato presenta varios problemas históricos, uno de los principales es que esto parecía contrario al comportamiento y la actitud de Jesús que vemos en los Evangelios Sinópticos. Aunque en esos Evangelios ya había habido personas que lo aclamaban Mesías, hijo de David, e Hijo de Dios, él nunca había usado ninguno de estos títulos para referirse a sí mismo. Inclusive, en algunos momentos les había dicho a otros que no le revelaran a nadie su identidad. En el Evangelio de Juan, lo habían querido coronar rey, pero él se había retirado del lugar al saberlo (Jn 6:14-15). Al mismo tiempo, Jesús siempre había puesto en alto a los pequeños, los mansos, los niños, los pobres, y las personas que según la sociedad no valían nada. También les había insistido muchas veces a sus discípulos que no debían buscar lugares de privilegio, poder, y honor (Mat 18:1-4; 20:16; 23:11-12; Mar 9:34-35; 10:31; Luc 9:46-58; 13:30; 22:26-27; Jn 13:13-15). Al contrario, debían servir con humildad a los demás, como él siempre lo había hecho. Entonces, llama la atención que ahora, al entrar a Jerusalén, Jesús sí aceptaba y quería que lo aclamaran Mesías o rey. Por supuesto, esto era peligroso, pues ni las autoridades romanas ni las autoridades judías tolerarían esto por mucho tiempo.

Pero también es significativo que Jesús entra en Jerusalén, no en un gran carruaje o siquiera un caballo, sino más bien en un burro. Aquí sí vemos su humildad, aunque la idea de que un rey anduviera en un burro podría parecer un poco absurdo a los ojos de muchos. ¿Cómo debemos entender todo esto? Desde mi perspectiva, hay una respuesta sencilla a esa pregunta. Jesús sí quería ser rey y Mesías, entronado en una posición de gran poder sobre los demás. Pero esto lo quería, *no como un fin en sí mismo, sino porque eso le permitiría servir a un número mucho más grande de personas*. En otras palabras, Jesús sí quería el poder, pero lo quería para usarlo sólo *en beneficio de los demás*. Esto es lo que lo distinguía de los grandes reyes y señores de la historia, e inclusive el emperador. Todas estas autoridades decían que únicamente buscaban el bien del pueblo, pero todo el pueblo sabía que eso no era cierto. Pero durante su ministerio, Jesús había demostrado que eso sí era cierto con respecto a él. Quería el poder *para poder servir mejor a los demás, para hacer todavía más cosas a favor de más personas*.

Esta debía ser la razón por la cual no aceptaba que lo llamaran rey o mesías. El no quería ser como los reyes que la gente siempre había conocido, que sólo servían a sus propios intereses, y si hacían algo a favor de la gente, era sólo para poder obtener o sacar algo de esa gente, o para manipularla o controlarla. Tampoco cabía dentro del molde del mesías que muchos judíos esperaban. El no quería ser el tipo de mesías que ellos querían, ni cumplir las expectativas que tenían, pues ellos no habían entendido el evangelio que él proclamaba ni habían llegado a concebir correctamente al Dios que anunciaba y encarnaba. Debía ser por esta razón que, cuando Caifás le pregunta si era el Mesías, el Hijo de Dios, Jesús primero no quería contestar, y según algunos de los evangelistas, da una respuesta ambigua. En Mat 26:64, le contesta a Caifás: “Tú lo dices” o “Tú lo has dicho.” El no quería negar que era el Mesías, pues eso significaría negar su identidad y podría parecer que estaba tratando de decir lo que fuera necesario para que lo liberaran, pero tampoco quería contestar simplemente que sí era el Mesías, pues lo que Caifás entendía por “Mesías” era muy distinto a lo que Jesús entendía con ese título. En los Sinópticos, responde de la misma manera cuando Pilato le pregunta si es “Rey de los judíos” (Mar 15:2; Mat 27:11; Luc 23:3).

En el Evangelio de Lucas, cuando en el concilio le preguntan si es el Cristo, responde que si les dijera la verdad, no lo creerían, y luego cuando le preguntan si es el Hijo de Dios, dice: “Ustedes dicen que lo soy,” que parece significar algo como, “Esas son palabras de ustedes, y no mías” (Luc 22:66-70). Cuando es llevado ante Herodes, Jesús se niega a contestar todas las preguntas que le hacen (Luc 23:9). Asimismo, en el Evangelio de Juan, Jesús contesta de manera muy ambigua a las preguntas que le hacen durante su juicio; de hecho, responde a sus preguntas con otra pregunta en lugar de contestar claramente, antes de responder nuevamente ante Pilato, “Tú dices que soy rey,” como si dijera nuevamente, “esas palabras son tuyas, y no mías” (Jn 18:21, 33-37). También le aclara a Pilato que su reino no es de este mundo. Esto no debe ser entendido en el sentido de que su reino es celestial y no terrenal, sino más bien en el sentido de que, cuando se estableciera como rey en su reino, su reinado sería muy distinto a los otros reyes que el mundo había conocido.

### *La última cena*

El relato de la última cena en los Evangelios Sinópticos presenta grandes diferencias con el relato que aparece en el cuarto Evangelio. En los Sinópticos, Jesús reparte pan a los discípulos y pasa entre ellos una copa, hablando del pan como su cuerpo y la copa como la sangre del pacto que estaba estableciendo con ellos, o el nuevo pacto en su sangre. Luego anhela el día en que podrá comer y beber con ellos de nuevo en el reinado de Dios. En cambio, Juan no hace ninguna mención del pan o la copa, y más bien presenta a Jesús lavándoles los pies a los discípulos y hablándoles del amor que debían tener unos por otros. Posteriormente, Juan presenta un discurso muy largo de Jesús (Juan 13–16), que termina con una oración que también es muy larga (Juan 17).

Hay varias ideas que estos relatos resaltan, pero tal vez la más importante es que se presenta a Jesús *dando su vida* por sus discípulos y otros. En otras palabras, lo que está a punto de ocurrir—su arresto, pasión, y crucifixión—no es algo que él pretende evitar o eludir, sino

algo que él acepta de su propia voluntad. Jesús expresa esta idea muy claramente en Jn 10:18: "Nadie me quita mi vida, sino que yo de mí mismo la pongo." A primera vista, parecería que Jesús *quería* morir, y ésta es la idea que se maneja en la teología cristiana tradicional: Jesús quería morir, y su Padre quería que muriera, "por los pecados del mundo," esto es, para hacer posible que Dios perdonara a los seres humanos sus pecados y no tuviera que condenarlos a la muerte eterna. Pero por las razones que hemos visto, hay que rechazar esa interpretación.

Aun cuando Jesús habla de dar su vida voluntariamente, en otros pasajes es claro que *no deseaba la muerte*. Al contrario, lo que quería era seguir viviendo y sirviendo a los demás. En el huerto de Getsemaní, Jesús se pone triste y afligido, y no quiere estar solo. Con todo su corazón, le implora a Dios: "Abba, Padre, aparta de mí esta copa." Sin embargo, luego agrega: "pero que se haga tu voluntad y no la mía" (Mar 14:32-36). Aquí se ve claramente no sólo que Jesús no quería sufrir ni morir, pero era la voluntad de Dios de que esto sucediera, y Jesús se sometió a esa voluntad.

¿Cómo debemos entender la idea de que Jesús no quería morir, pero su Padre sí quería que muriera, y él fue "obediente," como luego diría Pablo: "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil 2:8)? Para entender esto, en lugar de pensar en la necesidad de la muerte de Jesús para que llevara sobre sí los pecados del mundo para pagar por ellos, debemos simplemente repasar nuevamente todo lo que hemos visto en este capítulo. Lo que pretendía Jesús era establecer esta "comunidad alternativa" o "comunidad de comunidades" en la que todos y todas practicarían el amor incondicional, la justicia, la misericordia, y la solidaridad. Esa comunidad sólo podría hacerse realidad si Jesús mismo estuviera completamente comprometido a practicar todo lo que acabamos de mencionar, pasara lo que pasara. Debía estar dispuesto a pagar cualquier precio para establecer esa comunidad. Y ahora, el precio que tendría que pagar sería su muerte, "y muerte de cruz."

Esta idea nos aclara todo lo que narran los Evangelios sobre la vida y ministerio de Jesús, y su subida a Jerusalén. Para formar esa comunidad alternativa, era necesario primero establecer su fundamento. Esto lo hizo en Galilea a través del ministerio que hemos visto, por medio de sus enseñanzas y sus hechos. Había recorrido todo el territorio con su mensaje del evangelio del reinado de Dios. Había hecho todo lo posible por preparar a sus discípulos para que luego pudieran llevar adelante ese ministerio en otros lugares. Pero al mismo tiempo, Jesús había generado mucho conflicto y enemistad hacia él. Lo buscaban para matarlo, y aunque podía seguir desplazándose continuamente de un lugar a otro por un tiempo, y a veces escondiéndose o saliendo del territorio de Galilea, no podía continuar con esto por un tiempo indefinido. Eso no era sólo porque tarde o temprano las autoridades lo iban a encontrar y capturar para silenciarlo, sino también porque el vivir así daría la impresión a todos de que estaba huyendo de las autoridades porque les tenía miedo. Y eso iba totalmente en contra de lo que decía sobre la necesidad de confiar plenamente en Dios, viviendo por fe. El sí tenía esa fe, la cual le había permitido conquistar el miedo, pero no se podía decir lo mismo de todos sus discípulos y seguidores. Jesús sabía que uno puede dar todos los discursos que quiera sobre el amor y practicarlos a través de acciones concretas, pero mientras la gente seguía teniendo miedo, nunca iba a vivir verdaderamente en amor. Asimismo, él podía hablar todo lo que quería de la

necesidad de tener fe en Dios y confiar plenamente en él, pero eso no era suficiente para crear en otros esa fe.

Entonces, Jesús sabe que tarde o temprano las autoridades lo van a arrestar o matar, debido no sólo al mensaje que proclamaba sino también al hecho de que él nunca iba a desistir de proclamar ese mensaje, costara lo que costara. Antes de que lo arresten y maten, quiere echar el fundamento para la comunidad que quiere crear, pero luego ve que ha hecho y logrado todo lo que podía hacer y lograr en Galilea, y que todavía faltaba algo más para que esa comunidad se hiciera una realidad. Si se quedaba en Galilea, a lo mejor lo arrestarían en una pequeña aldea, o inclusive en Séforis o Tiberias, las ciudades más importantes de la región. Pero si eso pasaba allí, su muerte no tendría mucho impacto entre la población judía de otros lugares si ocurría en ese lugar tan aislado del mundo.

Al mismo tiempo, como había enseñado que había que mantenerse firme ante las autoridades opresivas y no tenerles miedo, no era lo mismo mostrar esa firmeza frente a algún burócrata local o inclusive un tetrarca o etnarca que mostrarla ante las figuras más grandes, importantes, y temidas entre los judíos en Palestina: el sumo sacerdote y el procurador romano. Era relativamente fácil denunciar su corrupción y maldad desde lejos, en un lugar remoto como Galilea, manteniéndose en un lugar relativamente seguro mientras lo hacía. Pero si iba a la ciudad más grande e importante de la región, la gran capital de Jerusalén donde residía el sumo sacerdote y donde llegaba el procurador romano para las fiestas, y ahí mismo “en su cara” denunciaba su corrupción y maldad, esa denuncia llevaría muchísimo más peso—de hecho, no podía tener el mismo peso en ninguna otra parte que no fuera Jerusalén. Además, Jerusalén era la ciudad santa y sagrada, donde estaba el templo, que se había convertido en el símbolo más importante del tipo de judaísmo que Jesús repudiaba y que era la sede de las autoridades más importantes, que a la vez eran las más corruptas y la mayor causa de los males que Jesús había visto en áreas como Galilea. Ahí en Jerusalén es donde siempre habían muerto los grandes profetas de Israel. Por eso, cuando Jesús está en camino a Jerusalén, y se le acercan unos fariseos para decirle que se fuera de ahí porque Herodes lo buscaba para matarlo, Jesús responde: “Vayan y díganle a aquella zorra: ‘He aquí, yo seguiré echando fuera demonios y haciendo curaciones hoy y mañana, y al tercer día terminaré mi obra.’ Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Luc 13:31-33).

En otras palabras, había llegado el momento en que Jesús ya no iba a andar desplazándose de un lugar a otro, ni iba a tratar de evitar lo inevitable. Lo iban a matar; pero si lo iban a matar, por todas las razones que hemos visto, debía ser en Jerusalén, porque sólo así y allí podría tener su mensaje profético el gran impacto que él quería que tuviera; y sólo podía tener ese impacto si estaba dispuesto a morir por todo lo que había dicho, hecho, y proclamado. Según Jesús, si lo iban a matar tarde o temprano, él no dejaría que alguien más eligiera el momento y el lugar; eso lo elegiría él, junto con su *Abba*. El lugar que eligió, el único lugar donde debía morir, era la gran capital de Jerusalén, donde mataban a todos los profetas y a todos los que Dios enviaba; y el momento indicado era la fiesta más significativa e importante dentro del calendario judío, cuando habría muchísima gente en Jerusalén: la Pascua, cuando se

celebraba la liberación de Israel de la esclavitud. Según Jesús, ahora también había que liberar a Israel de la esclavitud a la que estaba sujeta bajo los romanos y las autoridades judías corruptas.

Las palabras de Jesús en Luc 13:31-33 muestran también su actitud desafiante. Mientras tenía vida, no había nada ni nadie que lo iba a callar o detener. No se echaría para atrás bajo ninguna circunstancia, ni iba a desistir de lo que estaba diciendo y haciendo. No sólo iba a Jerusalén, donde sin duda correría mucho peligro. También iba a ponerse “día tras día” en los atrios del templo, al aire libre delante de todos en la “plaza central” de Jerusalén, para proclamar con más vigor, fuerza, y convicción su mensaje – un mensaje de amor que era a la vez un mensaje de denuncia. De hecho, precisamente porque era un mensaje de amor, también tenía que ser de denuncia, pues el amor no puede quedar callado ante las injusticias, la maldad, y la opresión, sobre todo cuando hay autoridades justificando toda esa injusticia, maldad, y opresión en el nombre del Dios de Israel desde un templo que se había convertido en una “cueva de ladrones.” Por eso, no sólo iba a proclamar abiertamente con denuedo y audacia su mensaje subversivo, que sin duda provocaría a ira a las autoridades, sino que también iba a entrar al mismo templo, la misma cueva de los ladrones que estaba denunciando, para llevar a cabo un acto de protesta y denuncia, acusando de la manera más pública, abierta, y vocífera a esos ladrones de ser lo que eran: ladrones y lobos, una generación de víboras. Como no andaban esas autoridades en público, sino que se quedaban dentro de sus palacios y mansiones bien protegidas, Jesús no podía tener acceso directo a ellos. Pero sí podía tener acceso al templo, y desde ahí podía echarles en cara toda su furia e indignación frente a la forma en que estaban oprimiendo, esclavizando, esquilmando, violando, saqueando, y pisoteando al pueblo en el nombre de su Dios falso, el ídolo al cual llamaban el “Dios de Israel,” en colaboración con el romano opresor.

Por supuesto, sabía que pagaría esto con su vida. Pero como hemos visto arriba, era la única forma de lograr sus propósitos. ¿Cómo podía enseñarle a la gente a no tenerles miedo a las autoridades y llevarla a perder ese miedo si él mismo no estaba dispuesto a enfrentar cara a cara a los que estaban provocando ese miedo en la gente? ¿Cómo iba a decirle a la gente que tuviera fe y confiara plenamente en Dios si él no estaba dispuesto a poner su propia vida en manos de Dios frente a la muerte violenta que sin duda le esperaba ahí en Jerusalén? ¿Cómo iba a decirles a sus seguidores, “Amense los unos a los otros con amor incondicional, poniendo todo de sí mismos, cueste lo que cueste,” si él mismo no estaba dispuesto a pagar las consecuencias de esa clase de amor? ¿Acaso iba a decirles, “Amense los unos a los otros, y amen a todas las personas, sin tener miedo, confiando plenamente en Dios, con un amor que no teme denunciar las injusticias y maldades que destruyen la vida de la gente,” sólo para decirles de inmediato después, “ya me voy, por ahí nos vemos, pues aquí la cosa está muy peligrosa”? ¿Cómo iba a decirles, “No les tengan miedo a los que pueden destruir el cuerpo pero no pueden tocar tu alma,” sólo para luego correr a esconderse, huyendo del peligro por temor a que lo mataran o inclusive crucificaran? Al contrario, él mismo tenía que decir de la manera más fuerte posible a los que tenían amenazada a la gente y también a él, “Ustedes me pueden quitar la vida, matando mi cuerpo, pero jamás podrán tocar mi alma. Porque yo soy libre. No me pueden hacer callar o desistir de lo que estoy haciendo, a menos de que me quiten la vida. Pero no me da miedo que me quiten la vida, porque yo creo en el Dios que resucita a los muertos, el Dios de

la vida, el Dios que ‘no es Dios de muertos, sino Dios de vivos’ (Mar 12:27), tanto en un sentido literal como metafórico—porque aunque en un sentido me podrán matar y quitar la vida, en otro sentido jamás me podrán matar ni quitar la vida, precisamente porque creo en el Dios de los vivos. Es él, y no ustedes, el que tiene el poder sobre la vida y la muerte, el que tiene la vida de todos en su mano.”

Con este trasfondo, podemos regresar al tema de la última cena, y en particular las palabras que según los Sinópticos y 1 Cor 11:23-25 Jesús pronunció sobre el pan y la copa. En Mar 14:22, Jesús dice con respecto al pan: “Tomen; esto es mi cuerpo,” y en Mateo las palabras son similares: “Tomen y coman; esto es mi cuerpo” (Mat 26:26). En cambio, según Lucas, Jesús dijo: “Esto es mi cuerpo, dado por ustedes; hagan esto en memoria mía” (Luc 22:19). Las palabras citadas en 1 Cor 11:24 son similares a las que aparecen en Lucas, sólo que no se utiliza la palabra “dado”: “Esto es mi cuerpo por ustedes; hagan esto en memoria mía.” En cuanto a la copa, nuevamente Lucas y Pablo coinciden un poco más entre sí. En Lucas leemos: “Esto es mi sangre del pacto, derramada por muchos” (Luc 22:19). Pablo no menciona esta última frase, para agrega otra parecida a la que cita con respecto al pan: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban, en memoria mía” (1 Cor 11:24). En los manuscritos más antiguos, en Marcos y Mateo Jesús no habla de un *nuevo* pacto, y la frase que menciona este pacto cambia un poco, aun cuando igual que Lucas hablaban de la sangre “derramada.” La versión de Marcos es la más corta: “Esto es mi sangre del pacto, derramada por muchos” (Mar 14:24), mientras la versión de Mateo termina de una manera que la distingue de las otras tres: “Beban todos de ella, porque esto es mi sangre del pacto, derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mat 26:27-28). Tanto en Marcos como en Mateo, la frase “mi sangre del pacto” parece ser un hebraísmo (o arameísmo) que podría ser traducida mejor, “la sangre de mi pacto.”

Si hacemos a un lado la idea de que Jesús está hablando de su muerte en términos de la substitución penal y más bien interpretamos sus palabras en base a las ideas que hemos visto en este capítulo, su significado no es muy complicado. El hecho de que Jesús “parte” el pan en las cuatro versiones parece simbolizar su muerte, y tal vez también la forma violenta de esa muerte, pues sería él mismo “quebrantado” en un sentido. Pero como ya hemos visto, *Jesús no quería morir*. Lo que quería era permanecer más entre sus discípulos—le duele pensar que no podría comer con ellos de nuevo hasta que coma y beba con ellos en el reinado de Dios—y seguir sirviendo a los demás a través de su ministerio. Durante ese ministerio, Jesús se había dado a sus discípulos en el sentido de que se había entregado personalmente a cada uno de ellos, siempre pensando en ellos y buscando servirles. De hecho, según el Evangelio de Lucas, lo primero que hace Jesús es expresar su gran deseo de estar con sus discípulos en la cena: “¡Cómo he anhelado comer esta Pascua con ustedes antes de padezca!” (Luc 22:15). Luego, cuando empiezan a discutir sobre cuál de ellos sería el mayor, les dice: “Los reyes de las naciones ejercen su señorío sobre ellas, y los que tienen autoridad sobre las naciones son llamados ‘benefactores.’ Pero no debe ser así entre ustedes, pues el mayor entre ustedes debe actuar como si fuera el más joven, y el que dirige como el que sirve mesas. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre ustedes como el que sirve” (Luc 22:24-28). Aunque Juan no menciona la acción de Jesús con el pan y la copa, expresa la misma idea cuando presenta a Jesús quitándose el manto y ciñéndose una

toalla antes de ponerse a lavar los pies de los discípulos—un trabajo generalmente asignado a los esclavos—antes de recalcar que, si él es su maestro y por lo tanto es mayor que ellos, ellos como sus discípulos que son en un sentido menores que él deberán hacer lo mismo, sirviendo a los demás de la forma más humilde (Jn 12:1-17). Luego, repitiendo la idea que afirma el evangelista en el v. 1 sobre el amor de Jesús por “los suyos” “hasta el final,” Jesús insiste nuevamente que deben amarse unos a otros (vv. 31–35). En el relato de Lucas, Jesús también menciona que ha estado orando por Pedro (Luc 22:31-32), mientras en Juan hay otros tres capítulos en los que habla del amor antes del capítulo 17, donde hace una oración muy larga por sus discípulos y los que después vendrían a creer en él por medio de ellos.”

Todo esto, así como otras cosas en los relatos de la pasión de Jesús en los cuatro Evangelios, deja muy en claro no sólo su amor por sus discípulos y los demás sino también su profundo deseo de seguir estando con ellos, acompañándolos y fortaleciéndolos. Pero, al mismo tiempo que se había entregado *a* ellos y otras personas, también se había entregado *por* ellos, sacrificando muchas cosas por ellos—su tiempo, sus energías, y sus atenciones, entre muchas otras cosas—, en su afán de que aprendieran a vivir y a amar y servir a los demás por su propio bien y felicidad. Podríamos inclusive decir que durante todo el tiempo que habían pasado juntos Jesús había *dado su vida por ellos y los demás*. Y ahora, aunque le iba a costar la vida y le iba a dolor no sólo físicamente sino también emocionalmente, iba a *seguir dando su vida por ellos y los demás*. Iba a morir “por ellos” o “a favor de ellos” y los “muchos” que también eran o llegarían a ser seguidores de él como miembros de la comunidad de la cual Jesús era la cabeza.

Para entender cómo su muerte sería *por* los discípulos y los demás, tenemos que imaginarnos lo que habría pasado si Jesús hubiera tratado de evitar su arresto y su muerte por miedo a lo que tendría que sufrir. Como hemos señalado arriba, podía haberse mantenido en lugares más seguros, o inclusive irse lejos a otros territorios fuera de Palestina. Pero si hubiera hecho eso, jamás habría logrado formar a su “comunidad de comunidades” compuesta por personas comprometidas a seguirle *amándose entre sí y amando a los demás hasta el final, costara lo que costara, entregándose a ellos y por ellos como lo había hecho Jesús en todo momento*. ¿Cómo iba a mandarles y exigirles a ellos y todos los demás que se convertirían en sus discípulos que amaran así, al extremo de hacer cualquier cosa por los demás independientemente de lo que tendrían que sacrificar, si a la “hora de la verdad” se hubiera hecho atrás? ¿Cómo podía esperar que los que lo llamaban “maestro” y “Señor” estuvieran dispuestos a pagar cualquier precio por promover y alcanzar el bienestar de los demás si él mismo no estaba dispuesto a hacer cualquier cosa—inclusive morir? Si frente a las amenazas de muerte hubiera huido, o se hubiera escondido, o hubiera puesto fin a su ministerio por los demás en un esfuerzo por “salvar su vida,” no sólo no hubiera podido establecer esa comunidad alternativa que su Padre lo había enviado a lograr—pues todos los miembros de esa comunidad también se sentirían justificados si huyeran, se escondieran, o se echaran para atrás frente a cualquier amenaza o peligro—sino que, como él mismo había dicho, en realidad estaría *perdiendo* su vida en lugar de *salvarla*. Porque negarse a darse en amor *a* los demás y *por* los demás significaría dejar de experimentar la verdadera vida, la verdadera felicidad, y el verdadero bienestar. Su vida perdería todo sentido, así como todo el gozo que le había traído su ministerio. ¿Acaso podría vivir feliz y sentirse realizado abscondiéndose y retirándose del mundo y la sociedad, regresando tal vez a

su casa o taller en Nazaret o echando raíces en otra parte para simplemente ocuparse en sus propios asuntos? Inclusive, ¿cómo podría poner una escuela y enseñar como un maestro o rabino a los demás, si su mismo mensaje y forma de ser generaba conflictos y requería de una entrega *total* y no sólo *parcial* de su vida? De hecho, si Jesús hubiera tratado de evitar la muerte, jamás podría haber vivido en paz consigo mismo, pues hubiera traicionado todo lo que había sido y hecho y dicho, comunicándoles a los demás por sus acciones que todo lo que había enseñado sobre el amor incondicional y la fe y la confianza en Dios era mentira? Su mismo ser, su misma naturaleza, no le dejaba y nunca le dejaría hacer otra cosa que seguir “firme y adelante” en todo lo que había estado haciendo. Pero ahora, por fin, iba a tener que pagar el precio por todo aquello, a menos de que quisiera deshacer y desbaratar toda la obra a la que había dedicado su vida—el precio de su vida. Porque buscar evitar las consecuencias de todo lo que había proclamado y enseñado y hecho significaría precisamente eso: derribar y destruir todo lo que había construido con tanto trabajo, dedicación, y sobre todo amor. Ya no era posible evitar el sacrificio; sólo le quedaban dos alternativas: o sacrificar sus anhelos, sus sueños, su pasado, su Dios, y el proyecto de toda su vida que había constituido su razón de ser, o sacrificar su vida. Tenía que elegir; y eligió la muerte—aunque desde su perspectiva, elegir la muerte significaba elegir la vida, mientras elegir la vida—la “no muerte”—en realidad hubiera significado elegir la muerte, una muerte mil veces más dolorosa y atroz de lo que sería su muerte en una cruz romana.

Pero, ¿cómo iba a ser su muerte “por ellos”? ¿Cómo iba a beneficiar su muerte a sus discípulos y los demás que le seguían o llegarían a seguirle después? Al contrario, ¿no les perjudicaría mucho más de lo que les beneficiaría? Por todo lo que acabamos de ver, tendríamos que contestar: ¡claro que no les beneficiaría que Jesús tratara de evitar su muerte, negándose a sufrir las consecuencias de todo lo que había dicho y hecho por amor a ellos y los demás! Hacer eso los destruiría a ellos tanto como hubiera destruido a Jesús. La única forma en que Jesús podía esperar convertirlos en personas que estaban dispuestas a darlo todo, a entregar sus vidas a los demás y *por* los demás todos los días era entregando su vida su vida por ellos. Y la única forma en que ellos realmente podrían conocer la verdadera vida, el verdadero amor, y el verdadero bienestar y *shalom* era si él seguía adelante en lugar de echarse para atrás.

Por supuesto, el hecho de que Jesús entregara su vida en amor por ellos, no sólo por la forma en que había vivido hasta ese momento sino también por la forma en que iba a entregar su vida por ellos ahora al ser arrestado, maltratado, y matado con violencia y brutalidad, no significaba necesariamente que ellos se convertiría en la misma clase de personas que había sido él, dispuestos siempre a dar su vida dándoles unos a otros y a los demás todo lo que eran y todo lo que tenían. Pero les iba a plantear las mismas dos alternativas que él mismo enfrentaba: o se convertían en esa clase de personas, o dejarían atrás todo lo que habían vivido y aprendido y todo lo que habían llegado a ser durante su tiempo con él. Frente a la entrega de su maestro y Señor a su muerte en amor por ellos y todo el mundo, no les quedaría otra alternativa que optar por una opción o la otra. Jesús no podía tener la seguridad de que optarían por la primera de estas dos alternativas. Pero sí podía saber que, si quería que se convirtieran en esa clase de personas, él tenía que seguir adelante hasta la muerte, entregando su vida por ellos, porque si *no* hacía eso, jamás habría la posibilidad de que llegaran a vivir con la misma entrega y el

mismo amor que habían visto en él y que verían en el poco tiempo de vida que le quedaba. Podría haber pasado otros diez o veinte años recorriendo Galilea y otros lugares, hablando mucho del amor, denunciando las injusticias del sistema, tratando de inculcar en ellos y otras personas la plena fe y confianza en Dios, pero eso jamás le hubiera permitido lograr sus propósitos y objetivos en y por los demás como lo que había hecho ahora: subir a Jerusalén, proclamar y enseñar su mensaje con todas sus energías y toda su pasión, pero al mismo asumir y sufrir las consecuencias de sus palabras y acciones.

Al mismo tiempo, no sólo le iba a ser imposible formar a cada uno de sus discípulos de esa manera como individuos, sino crear entre ellos una comunidad en la que todos vivieran, practicasen, y respiraran ese mismo amor, esa misma entrega, esa misma solidaridad, y esa misma confianza en el Dios alternativo que él había proclamado y servido con todo su ser. Nunca se haría realidad esa comunidad que había sido el objetivo de todos sus esfuerzos, ni se convertiría en una comunidad que infundiera en otras personas el mismo amor y la misma fe y entrega, “contagiándolas” con el mismo espíritu de dedicación y compromiso que Jesús había demostrado y que demostraría de la manera más clara y contundente en las próximas horas. Sólo así se podía llegar a existir esa “comunidad de comunidades” que se extendería a otras partes, llena de gente que pensaría, actuaría, y viviría como él.

Entonces, aunque su muerte iba a ser muy dolorosa no sólo para él sino también para sus discípulos, era la única forma de seguirse dando *por* ellos y *por* los demás, logrando que ellos y ellas también se dieran unos *a* otros y *por* otros a la vez que se dieran *a* y *por* otras personas fuera de la comunidad—personas que, al ser amadas así, también podrían ser transformadas en personas nuevas y totalmente diferentes, caracterizadas por el mismo amor y la misma fe y entrega y, de ser posible, integrándose en la misma comunidad de seguidores de Jesús o de hecho formando nuevas comunidades de sus seguidores que compartirían esas mismas características y reproducirían la misma forma de vida que habían visto en Jesús y en los que se había comprometido a seguirle como sus discípulos.

Todo eso era lo que quería decir Jesús y comunicar de una manera simbólica al partir el pan diciendo que era su cuerpo a la vez que daba ese pan—su cuerpo—*a* sus discípulos para que lo repartieran entre sí y lo comieran. Al comerlo, estarían comiendo de él, comiendo de su forma de ser, comiendo de todo lo que él era y representaba, comiendo de su amor y entrega, su dedicación y compromiso—esto es, comiendo de su “cuerpo” que había sido el instrumento por el cual siempre se había dado a los demás. Pero a la vez que entregaba su cuerpo *a* ellos, también lo entregaba *por* ellos—tal como refleja la versión de sus palabras citadas por Lucas y Pablo, “dado por ustedes”—igual como siempre había hecho hasta ese entonces, buscando que se convirtieran en personas nuevas y diferentes por su propio bien y felicidad, y buscando que llegaran a constituir y construir y consolidar esa comunidad alternativa para la cual Jesús había dado su vida hasta ese momento, y para la cual daría su vida ahora en el sentido más pleno de la frase. Y aunque en ese momento sus discípulos probablemente no entendían todo eso—todo lo que quería comunicarles con esas palabras y esa acción simbólica—Jesús esperaba y confiaba que lo entenderían después, cada vez que partirían y comerían el pan que representaba su misma vida, su mismo cuerpo, “en memoria de él,” recordando su amor, entrega, y fe para que

ese mismo amor, entrega, y fe también fueran suyos. De ahí en adelante, cada uno que comiera voluntaria e intencionalmente de ese pan, viendo en él su cuerpo dado por él o ella, por los miembros de su comunidad de seguidores, y por todas las personas en general, se estaría comprometiendo al mismo tiempo a seguir en los mismos pasos de Jesús, no sólo de manera individual sino al lado de los demás que también comerían de su cuerpo y compartirían el mismo compromiso.

Al pronunciar palabras similares sobre la copa y entregárselas a sus discípulos para que la repartieran entre sí, bebiendo todos de ella, Jesús quería comunicar lo mismo. Esa copa, ese “fruto de la vid,” era su misma vida, su misma sangre, su misma forma de ser y pensar y actuar, su misma entrega *a* y *por* los demás. Y al beber de esa copa, estarían bebiendo de esa sangre derramada, bebiendo la misma vida de Jesús derramada, bebiendo su misma entrega y amor y bebiendo su misma dedicación a hacer la voluntad de Dios, costara lo que costara. Tanto como individuos como comunidad, estarían ingiriendo esa misma sangre con el fin de que también corriera por sus propias venas, nutriéndose de la misma vida de Jesús para hacer suya esa vida, fortaleciendo y manifestando abiertamente a los ojos de todos su compromiso de seguir a Jesús. En *ese* sentido, esa copa no era simplemente su sangre, sino sobre todo su sangre *derramada por ellos y por muchos*, pues nuevamente estaba dando su sangre o vida no sólo *por* ellos sino también *a* ellos. Al comer y beber en memoria de él, no sólo recordarían todo lo que él había hecho por ellos desde el momento en el que lo habían conocido, sino que también recordarían quiénes eran ellos y ellas a raíz de lo que Jesús había hecho – gente identificada y comprometida con el mismo reinado de Jesús que había proclamado y buscado Jesús. Nuevamente, a lo mejor sus discípulos todavía no entendían todo esto la primera vez que tomaran de lo que Jesús les había repartido, pero Jesús esperaba y confiaba que lo entenderían después.

Pero al repartir la copa y decir que era su sangre, Jesús agrega que es su “sangre del pacto” o la “sangre de su pacto,” o en la versión de Lucas y Pablo, “el nuevo pacto en su sangre.” Usara o no la palabra “nuevo” con respecto a ese pacto, sí estaba estableciendo un pacto con ellos. Así como el Dios Yahvé había hecho un pacto con Israel, para que él fuera su Dios y ellos fueran su pueblo, viviendo como él les pedía y ordenaba *por su propio bien y el bien de los demás* y así recibiendo de él todo el bien que quería para ellos, ahora Jesús estaba haciendo un pacto con sus discípulos presentes, y también con todos los demás que llegarían a convertirse en sus discípulos para formar parte de la misma comunidad alternativa. A partir de entonces, ellos serían el pueblo de Jesús y del Dios que había proclamado y encarnado, y él sería su Señor. En este caso también, vivir dentro de ese pacto significaría comprometerse a hacer todo lo que les había pedido y ordenado *por su propio bien y el bien de los demás*, y de esa forma recibir al mismo tiempo el *shalom* y las bendiciones que él había querido y prometido para ellos; y entre esas bendiciones, sería la bendición de conocer y experimentaba *la vida verdadera*, una vida que de hecho jamás tendría fin.

Por lo tanto, a partir de entonces, comer del cuerpo de Jesús al comer del pan que compartían y beber la sangre de Jesús al beber de la copa que repartirían entre sí significaría en efecto decir, “Yo vivo y seguiré viviendo dentro del pacto establecido por Jesús. Yo me comprometo a seguirle como mi Señor – cueste lo que cueste – al lado de todas mis hermanas y

hermanos que han asumido junto conmigo el mismo compromiso. Yo me identifico con Jesús y todo lo que representó en el pasado y representa ahora, y a la vez me identifico como miembro de su cuerpo de discípulos y seguidores, comprometiéndome a vivir en amor y solidaridad con ellas y ellos, y también con todas las personas que no han llegado a formar parte de este cuerpo y esta comunidad de Jesús.” Esto es lo que significaría *comulgar* o *tener comunión* con Jesús, con su Dios, y unos con otros. Eso es lo que recordarían cada vez que comieran y bebieran de su cuerpo y su sangre, reunidos como miembros inseparables de un solo cuerpo, el cuerpo de Jesús, para que fluyeran por sus venas la misma sangre y vida de Jesús continuamente, en todo lo que decían y hacían como su pueblo, dentro de su (nuevo) pacto.

Según Mateo, Jesús también agregó que su sangre de ese pacto que sería derramada por muchos era “para el perdón de los pecados.” Según la teología cristiana tradicional, lo que Jesús quería decir es que el mismo derramamiento de su sangre obtendría el perdón de pecados para los demás. Nuevamente aquí nos encontramos con ese Dios que por su supuesta santidad y justicia, dice: “Mientras no reciba sangre—no cualquier sangre sino la de una víctima pura e inmaculada—jamás perdonaré a nadie ni un solo pecado.” Pero esa idea no tiene ninguna base en las palabras de Jesús. Más bien, cuando Jesús hace alusión a “mi sangre del pacto, derramada por muchos para el perdón de los pecados,” o bien, “la sangre de mi pacto, derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mat 26:27-28), la idea es que a través de la entrega de su vida y su fidelidad hasta la muerte a la tarea que le había encomendado su Padre, establecería un pacto con todos los que llegaran a ser sus discípulos y seguidores. Como hemos visto, lo que Jesús quería y lo que hacía falta era la formación de una comunidad de personas que se entregarían en cuerpo y alma a los demás, y para que esa comunidad llegara a existir y asumiera la forma y las características que tanto Jesús como su Padre deseaban, Jesús no podía echarse para atrás sino que tenía que seguir adelante, lo cual significaba derramar su sangre. Pero al derramar su sangre, dando su vida, esa misma sangre derramada o vida entregada por otros haría brotar y florecer la comunidad alternativa que Jesús fue enviado a fundar, y los que vivirían como miembros de esa comunidad vivirían al mismo tiempo en el pacto que Jesús estableciendo, siendo ellos su pueblo y él su Señor. Y al vivir en esa comunidad bajo ese pacto, podían tener la seguridad de que Dios les perdonaría sus pecados, tanto los del pasado como los que seguirían cometiendo, *no sólo en contra de la voluntad de Dios, sino también en contra de su propia voluntad*, porque al seguir a Jesús entregándose en amor a él, a Dios, y a los demás, *no querían jamás pecar*. Sabían y sabrían que el pecado consiste en todo aquello que haga daño o lastime a otras personas y también a uno mismo, y por eso *nunca* desearían eso para los demás ni para sí mismos.

La idea que encontramos en Mateo, entonces, no es que la sangre derramada de Jesús obtiene el perdón de Dios por los pecados, sino más bien que *la sangre derramada de Jesús traería como consecuencia una comunidad que viviría bajo un nuevo pacto, y todos los que llegarían a vivir bajo ese pacto obtendrían el perdón de sus pecados*. La razón por la que Dios les perdonaría sus pecados no sería que Jesús había muerto y derramado su sangre, sino que *al vivir bajo ese pacto siguiendo a Jesús como su Señor estarían comprometidos a hacer la voluntad de Dios como la habían llegado a conocer y entender por medio de Jesús y por medio de la fidelidad y el amor que había demostrado hasta la muerte*. Esta es la misma condición para el perdón que hemos visto en los capítulos anteriores: Dios

había prometido perdonar los pecados de los miembros de su pueblo *siempre y cuando se arrepentían de esos pecados con un corazón sincero y se volvieran a comprometer a vivir de acuerdo a su voluntad, haciendo lo que él les había mandado en su ley, esto es, en el pacto que había establecido con ellos*. Y lo mismo ocurriría ahora en el pacto establecido por medio de Jesús y su sangre, esto es, su fidelidad hasta la muerte: cualquiera que entraría a formar parte de la “comunidad de comunidades” que vivían bajo ese pacto—como veremos después, esto se haría por medio del bautismo—podría tener la seguridad de que Dios le perdonaba sus pecados, *siempre y cuando seguía identificándose con esa comunidad y ese pacto, que significaba también identificarse con Jesús mismo por la fe en él y comprometerse a vivir de su gracia como su seguidor*. Entonces, cada vez que esa persona comulgaba al celebrarse la Cena del Señor, recordaba lo que había hecho Jesús a la vez que recordaba *quién era, por qué era ahora un nueva persona—gracias a todo lo que Jesús había hecho por ella o él, simbolizado por el pan y la copa—qué significaba seguir a Jesús como su discípulo como miembro de su pueblo, donde seguía siendo transformado día a día y donde siempre podía contar con la misericordia y el perdón de Dios, de Jesús, y de sus hermanos y hermanas en la fe*. Pero participar del pan y la copa no sólo significaba recordar todo esto, sino también celebrar y anticipar con gozo el día en que comería y bebería con Jesús en su reino, y al mismo tiempo renovar y manifestar su identidad como discípulo de Jesús y su compromiso de amar a todos con el mismo amor incondicional que Jesús había mostrado por todos *hasta el final*.

#### *El arresto, el juicio, y la crucifixión de Jesús*

Según los cuatro Evangelios, cuando había terminado de cenar con sus discípulos y de decirles por medio de sus palabras y sus acciones—al repartir entre ellos el pan y la copa y al lavarles los pies—lo que más quería recalcar, esto es, su gran amor por ellos y los demás, Jesús salió con algunos de ellos al huerto de Getsemaní. Los Evangelios dicen que Jesús sabía desde antemano que sería traicionado por Judas, aunque podía haber sabido eso a través de alguien que sabía lo que estaban planeando Judas y no necesariamente sólo por una revelación divina. A pesar de eso, según los Sinópticos se puso a orar ahí, pidiendo que sus discípulos también oraran por él. Mateo y Marcos afirman que Jesús “comenzó a entristecerse y a angustiarse profundamente,” y les dijo que su alma estaba “triste hasta la muerte” (Mat 26:37-38; Mar 14:33-34). Lucas afirma que Jesús estaba “en agonía” y que su sudor era “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Luc 22:44). Según Juan, el alma de Jesús había estado “turbada” casi desde que había entrado a Jerusalén (Jn 12:27). En los Sinópticos, Jesús en oración le ruega a su Padre que “pasara de él” la copa que le esperaba, al mismo tiempo que le dijo a su Padre que se hiciera su voluntad y no la suya propia.

Estos pasajes muestran claramente que *Jesús no quería morir*, ni mucho menos de una forma violenta. Lo que quería era *seguir viviendo y sirviendo a los demás*. En esos momentos, no quería estar completamente solo, y estaba lleno de tristeza y angustia. Sin duda, estaba triste porque su vida y su ministerio iba a terminar junto con su vida, y ya no iba a poder entre sus discípulos, amistades, y familiares. Es la misma tristeza que generalmente experimenta cualquier persona que sabe que pronto va a morir. Es casi seguro que la angustia tenía que ver con lo que iba a padecer al ser maltratado con violencia y la forma en que luego iba a morir. Los Evangelios no dicen que Jesús sentía miedo o temor, pues la angustia no es exactamente lo mismo, pero no sería del todo erróneo afirmar que Jesús sí tenía miedo, a pesar de que seguía confiando

plenamente en su Padre y poniendo su vida en sus manos. En este caso, como en otros, el miedo no representa una falta de fe, sino que es simplemente la reacción que todos los seres humanos tienen cuando van a pasar por alguna experiencia muy dolorosa y hasta cierto punto desconocida, pues Jesús iba a experimentar algo que nunca había experimentado antes, y sabía que iba a ser muy doloroso, probablemente mucho más doloroso de cualquier cosa que había sufrido antes en su vida. Sin embargo, lo importante es cómo reacciona uno ante la angustia o el miedo que siente, y en el caso de Jesús, siguió confiando en su Padre celestial en lugar de huir o buscar evitar la muerte de alguna otra manera.

Curiosamente, según Mar 11:18, era las autoridades judías las que había tenido miedo de él y sus seguidores en lugar de que él les tuviera miedo a ellos. Por eso, no habían querido arrestar a Jesús abiertamente en público, porque temían la forma en que la gente reaccionaría. Por eso, a través de Judas, encuentran la manera de tomarlo preso en la noche en un lugar aislado, hicieron arreglos para reunir a algunos de los líderes judíos en el concilio para juzgar a Jesús y condenarlo a muerte, y luego lo llevaron muy de mañana a Pilato, pues como era costumbre, el procurador atendía sus asuntos con la gente muy temprano, antes de que empezara a hacer calor. Aunque en principio pudieron haber apedreado a Jesús como luego apedrearon a Esteban, pero como no querían aparecer ante el pueblo como los responsables de la muerte de Jesús, bajo pretexto de que no tenían autoridad para imponerle a alguien la sentencia de muerte, lo llevaron a Pilato para convencerlo de que él le diera muerte a Jesús crucificándolo. De esta manera, podían señalar a Pilato como el culpable de la muerte de Jesús. Esta probablemente era la razón por la cual en un principio Pilato no quería sentenciar a Jesús a muerte, pues percibía que las autoridades judías estaban actuando con dolo, maquinando algo y utilizando a Pilato para sus propios fines. Lo que buscaban las autoridades judías era tener a Jesús muerto o colgado clavado en una cruz romana antes de que la población pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, porque muchos podrían ir a oponerse a su arresto y ejecución.

Es importante enfatizar que, según los Evangelios, Jesús no puso resistencia cuando lo arrestaron, y durante su juicio, no trató de defenderse, ni pidió clemencia, ni hizo nada para tratar de evitar la sentencia de muerte. De hecho, ni siquiera quiso hablar, primero porque parecería que estaba tratando de convencerles de que no lo sentenciaran a muerte, y segundo porque no reconocía la autoridad de los que lo estaban juzgando y condenando en un juicio que era una farsa, pues tuvieron que inventar cargos contra él, pagar a personas para dar testimonio falso, pues según la ley judía, necesitaba haber dos testigos que dijeran lo mismo para encontrar a alguien culpable al juzgarlo. Inclusive, cuando Caifás le pregunta a Jesús si era Mesías e Hijo de Dios, aunque Jesús da una respuesta medio ambigua, Caifás responde armando todo un teatro, rompiendo sus vestiduras y clamando con gran indignación (tal vez en parte fingida) que para qué necesitaban de testigos, si las mismas palabras de Jesús habían demostrado que era culpable de blasfemia y por eso debía morir. De esa manera, esperaba convencer a los demás a dictarle a Jesús la sentencia de muerte. En realidad, decir que uno era Mesías o Hijo de Dios o que iba a destruir el templo no constituía blasfemia, ni eran cosas que merecían la pena de muerte, según la ley judía. Luego cuando lo llevan a Pilato, levantando nuevamente falsos cargos contra él (Luc 23:1-5), Jesús nuevamente se queda callado, y aunque Pilato ve claramente

que las acusaciones hechas contra Jesús no tenían fundamento, finalmente accede a crucificarlo debido a la presión de los líderes judíos.

También es importante señalar que Jesús no responde con palabras agresivas u ofensivas cuando lo maltratan ni cuando lo crucifican, ni insulta o maldice a nadie. Si hubiera hecho cualquiera de estas cosas, tratando de defenderse, salvarse de la sentencia de muerte, poner resistencia, o agredir verbalmente a los que lo estaban maltratando, no se habría podido decir después que *dio o entregó su vida*, porque sus palabras o acciones habrían comunicado que *no* quería aceptar la muerte y que murió *en contra de su voluntad*. En lugar de afirmar que había *dado* su vida, más bien afirmarían que le habían *quitado* su vida, y en ese caso, no se vería su pasión y muerte como una expresión de *amor y fidelidad a Dios*. Según los Evangelios, lo que Jesús sí hizo fue echarles en cara a las autoridades judías su hipocresía, sus mentiras, y su cobardía, contrastando la forma en que él había siempre enseñado y actuado abiertamente y con integridad en público, ante los ojos de todos, con la forma subrepticia, engañosa, ilegal, y clandestina en que esas autoridades habían actuado. En Marcos, por ejemplo, cuando van a arrestarlo, les dice: “¿Cómo es que han salido con espadas y con palos para tomarme preso, como si fuera un bandido? Yo estaba en presencia ante ustedes todos los días enseñando en el templo, pero ahí no me quisieron arrestar; pero debía ocurrir así para que se cumplieran las Escrituras” (Mar 14:48-49). Según Juan, también recalcó ante Anás que no había hecho nada en oculto sino que había hablado abiertamente, y cuando le dan una bofetada por contestar así, Jesús les reclama, diciendo que no había dicho nada para merecer eso (Jn 18:19-24).

Muchos biblistas e historiadores hoy cuestionan la veracidad histórica de los relatos de la pasión y muerte de Jesús. En particular, resaltan el hecho de que fueron los romanos quienes sentenciaron a Jesús a muerte y lo crucificaron para argumentar que los líderes judíos no participaron en el proceso o que su participación fue mínima. De una forma u otra, sí hay que reconocer que Jesús fue crucificado como un rebelde, agitador, o subversivo (en griego *lēstēs*), y no como un “ladrón” que robaba a otros. En ningún momento se acusa a Jesús de robar. Más bien, su supuesto crimen fue puesto como *titulus* en su cruz: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos.” Los romanos crucificaban a los rebeldes, los revolucionarios, y otras personas que se oponían abiertamente al sistema establecido o representaban una amenaza para su dominio como una forma de escarmiento que tenía el propósito de mostrarle a toda la población lo que le pasaba a cualquiera que se rebelaba contra el poder romano. La idea era colocarlos (desnudos, para avergonarlos) en una cruz sobre un cerro donde todo el mundo los vería, y torturarlos haciéndoles sufrir una muerte muy prolongada y dolorosa. Generalmente permanecían vivos en la cruz varios días o inclusive más de una semana, y cuando estaban ya cerca de la muerte, ya venían las aves a empezar a consumir su cuerpo.

Aunque Jesús tardó poco en morir en la cruz, sin duda porque ya estaba en muy mal estado por las golpizas y los latigazos que le habían dado antes, lo importante es que el “pecado” o “crimen” por el cual fue sentenciado no era *religioso* sino *político*. Afirmar que uno era “rey de los judíos” daba a entender que uno pretendía echar a los romanos y los gobernantes judíos que habían puesto en el poder para reinar en su lugar. Los historiadores concuerdan en que Jesús jamás buscó incitar o levantar una rebelión armada contra las autoridades romanas o judías.

Pero no cabe duda de que había denunciado el sistema y el orden que habían establecido los romanos junto con los líderes judíos como corrupto y opresivo, y había hecho la misma acusación contra las autoridades judías que colaboraban con Roma. A través de su mensaje sobre el reinado de Dios había enseñado a la gente a rechazar o resistir a ese sistema, que caería al venir Dios a establecer su reinado, y había trabajado para formar una comunidad alternativa que era a la vez hasta cierto punto subversiva. Por eso, su muerte en la cruz sería interpretada posteriormente como resultado de su oposición al sistema establecido y el *statu quo*. Pero al mismo tiempo, por la forma en que aceptó su muerte, esa muerte sería entendida como la consecuencia de su amor por los demás y el símbolo supremo de ese amor, pues lo que había llevado a su crucifixión había sido su ministerio y labor en favor de los demás, y su negativa a ponerle fin a ese ministerio aun cuando lo habían amenazado con la muerte.

#### *El valor salvífico que Jesús le atribuyó a su muerte*

¿Cómo pensaba Jesús que su muerte beneficiaría a otros? En gran parte, ya hemos contestado esa pregunta arriba. Esperaba que su muerte mostrara al mundo la firmeza de sus convicciones y su fe en Dios, y que generara la creación, consolidación, y expansión de la “comunidad de comunidades” que había constituido el objetivo de su ministerio—comunidades integradas por sus seguidores que reproducirían todo lo que Jesús había representado en vida y muerte. Al ser fiel hasta la muerte a todo lo que había proclamado y enseñado, sobre todo el amor incondicional, podía esperar que otros siguieran adelante con un ministerio parecido al suyo, en particular los discípulos que él había preparado y que habían pasado más tiempo con él.

A primera vista, su muerte en sí no iba a lograr eso. Aunque habían prometido defender a Jesús e inclusive morir por él si fuera necesario, a la hora de la verdad, lo habían abandonado. ¿Cómo iban a llevar adelante su ministerio si por miedo se habían escondido? ¿Cómo iban a proclamar y enseñar fielmente todo lo que había proclamado y enseñado Jesús si en sus propias vidas ahora representaban la *negación* de esa proclamación y enseñanza, y si sus acciones contradecían el mensaje que Jesús los había enviado a proclamar?

Sin embargo, era buena señal el hecho de que los discípulos de Jesús no se habían separado entre sí, yendo cada cual por su propio camino para escaparse del peligro, sino que más bien se habían quedado reunidos como grupo. Eso significaba que (con la excepción de Judas) todos habían permanecido unidos y, a pesar de su miedo y su ocultamiento, por lo menos estaban pensando juntos lo que deberían hacer como grupo. Los Evangelios también hablan de otros discípulos, sobre todo mujeres, que no habían huido ni se habían escondido cuando Jesús fue arrestado y luego crucificado, sino que lo habían acompañado hasta el final. El hecho de que José de Arimatea tuvo el atrevimiento de pedirle a Pilato que le entregara el cuerpo de Jesús, junto con la fidelidad de algunos de sus discípulos como esas mujeres, significaba que todavía había algunos seguidores que estaban dispuestos a seguir adelante en el camino que Jesús les había indicado, aunque ahora sería difícil porque como grupo habían quedado sin su cabeza y guía.

En gran parte, nuestra pregunta sobre la forma en que Jesús interpretó el valor salvífico de su muerte depende de cómo contestamos la pregunta de qué esperaba Jesús que le pasaría

en el futuro, *después* de su muerte. Era evidente que él creía que algún día iba a resucitar de entre los muertos, igual que todas las demás personas fallecidas; pero, ¿realmente creía que iba a resucitar unos pocos días después, antes de la resurrección general de los muertos y la llegada del reinado de Dios, para estar un corto tiempo más con sus discípulos antes de ascender al cielo y sentarse a la diestra de Dios? La mayoría de los historiadores dirían que no, aunque la mayoría de sus seguidores probablemente dirían que sí, igual que los evangelistas. Todo depende nuevamente de nuestras presuposiciones.

Aun si Jesús pensaba que no resucitaría hasta que los demás muertos también resucitaran, podía pensar que en ese día él asumiría nuevamente una posición de autoridad sobre los demás, inclusive una autoridad mayor que hombres como Moisés o Abraham. Podía también pensar que en ese día él sería el instrumento elegido de Dios para establecer su reinado sobre la tierra. Si pensaba esto, entonces sin duda esperaba que continuara adelante el proyecto al cual se había dedicado durante tanto tiempo, y que algunos de los discipulados que había preparado asumieran papeles de liderazgo en ese proyecto, que constituía el establecimiento de una comunidad alternativa. En ese caso, esperaba que en lugar de *desanimar* a sus seguidores y los llevara a renegar de él, su muerte los inspirara y fortaleciera para que siguieran adelante, fueran fieles a los principios, valores, y convicciones por los que había muerto. Luego, al llegar el día final y al resucitar él con los demás, encontraría todavía comunidades de personas que vivían y se identificaran como sus seguidores.

Pero si Jesús realmente creía que resucitaría unos pocos días después de su muerte y que Dios lo exaltaría a una posición de autoridad y poder no sólo sobre sus seguidores o el pueblo judío sino el mundo en general, como afirman los cuatro Evangelios, Jesús interpretaría su muerte de otra forma también. A través de su fidelidad hasta la muerte de cumplir con la tarea de fundamentar y establecer la comunidad alternativa que Dios quería, llegaría a una posición desde la cual *podría seguir* trabajando a favor de esa comunidad. Así como vimos al considerar su entrada a Jerusalén en un burro, Jesús quería ser reconocido como Mesías o Rey con gran poder, pero sólo para utilizar ese poder, no para beneficiarse a sí mismo, sino únicamente para *poder servir mejor a más personas desde esa posición*. Al mismo tiempo, el simple hecho de que había sido resucitado, exaltado, y entronado como rey o Mesías llenaría a sus seguidores de valor y convicción para que ahora siguieran adelante sin ningún temor, porque sabrían que aun si tuvieran que sufrir o inclusive morir por seguir a Jesús proclamando, enseñando, y haciendo las mismas cosas que él había proclamado, enseñado, y hecho, algún día resucitarían y serían exaltados con él para estar con él siempre. Por eso, podían vivir con plena fe y confianza en Dios y sin miedo, practicando ese amor incondicional no sólo sirviendo a los demás en sus necesidades y fortaleciendo a su comunidad para que más personas se unieran a ellos en la misma labor, sino también amando a la gente oprimida y pisoteada a través de sus denuncias y resistencia al sistema imperante que la tenía en esas condiciones.

La resurrección y exaltación de Jesús también servirían para validar todo lo que había dicho y hecho. Demostraban que, contrario a lo que decían las autoridades y líderes del pueblo, junto con las autoridades romanas con las cuales colaboraban, Jesús *sí* había contado con la aprobación de Dios—lo cual significaba que los que se habían opuesto a Jesús y su mensaje *no*

contaban con esa aprobación, a pesar de lo que decían—y todo lo que había dicho era verdad. El verdadero Dios era el Dios que *Jesús* había proclamado, y no el Dios de sus adversarios. Entonces, podían tener la plena confianza que la voluntad de Dios era que *sí siguieran a Jesús* y que ese seguimiento les daría la verdadera vida tanto en este mundo como en el mundo venidero.

Aunque la manifestación suprema y definitiva del poder y la autoridad que había recibido de Dios se daría cuando él regresara en gloria para establecer su reinado—que era también el reinado de Dios su Padre—, había diferentes perspectivas sobre las formas en que ejercía ese poder y autoridad en el presente. En el Nuevo Testamento, Jesús les habla a sus seguidores de diferentes formas, muchas veces de formas misteriosas, o simplemente influye de alguna forma en sus pensamientos o en lo que ocurre en el mundo alrededor de ellos. Se aparece de forma deslumbrante a Saulo de Tarso, que llegaría a ser conocido como su apóstol Pablo. También derramaría sobre ellos el Espíritu Santo, que obraría en ellos de muchas formas distintas, en colaboración con Jesús. Junto con el Espíritu Santo, les guiaría y fortalecería, llenándolos de gozo, paz, y amor pero también consolándolos cuando estaban tristes, desilusionados, abatidos, o cuando habían pasado por diversas situaciones difíciles. Les daría la fe y las fuerzas que necesitaban para hacer todo lo que él y su Padre querían que hicieran, y también les daría dones y recursos para poder amar a los demás y edificar a sus comunidades de muchas maneras diferentes.

Pero según el Nuevo Testamento, Jesús también intercedería ante su Padre por ellos, pidiéndole al Padre no sólo que les perdonara sus pecados y los aceptara a pesar de esos pecados, sino también que hiciera todo lo necesario para hacer su voluntad en y por medio de ellos. Entonces, no sólo actuaría entre ellos desde el cielo, sino que seguiría actuando a favor de ellos en relación a Dios su Padre.

Si Jesús creía y anticipaba estas cosas, entonces interpretaría su muerte como la manera en que podría continuar y consolidar todo lo que había hecho durante su vida, para que llevara aun más fruto y tocara la vida de cada vez más personas. Seguiría viviendo y actuando *por* ellos, pero también seguiría dándose *a* ellos de muchas formas diferentes. La diferencia es que ya no estaría limitado de la manera en que había estado antes durante su vida terrenal, y así podía utilizar su poder para hacer cosas aun más grandes. Esto es lo que habría tenido en mente en la última cena cuando habló del pan como su cuerpo y la copa como el nuevo pacto en su sangre, o la sangre de su pacto derramada por “muchos.” Al dar su vida y entregar su cuerpo a la muerte, podría darse *a* sus discípulos y *por* sus discípulos de muchas otras maneras; de esta manera, su muerte sería *por ellos*, pues les beneficiaría que se hubiera ido con su Padre, sirviéndoles a ellos y sirviendo a otros a través de ellos. Al derramar su sangre en lugar de tratar de evitar la muerte y salvar su vida, establecería un pacto nuevo y distinto en el cual sus comunidades de seguidores podrían vivir bajo él como su pueblo, o confirmaría y consolidaría el pacto que Dios había hecho en la antigüedad con su pueblo. Ese pacto hablaba de muchas promesas que se cumplirían en él.

Aparte de sus palabras sobre el pan y la copa en la última cena, la única alusión que Jesús hace al valor salvífico de su muerte aparece en Mar 10:45 (Mat 20:28), donde afirma que el

Hijo del hombre “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida como precio de redención por muchos.” La mayoría de las versiones de la Biblia en español traducen la palabra griega *lutron* usada aquí por Jesús como “rescate.” En otros contextos, esa traducción es adecuada, pero aquí no lo es. En la antigüedad, esa palabra se usaba particularmente en dos contextos: lo que se pagaba para liberar a un esclavo de su situación de esclavitud y hacerlo una persona libre era un *lutron*, y lo que se pagaba para liberar a un rehén o alguien que había caído en manos de un enemigo que lo tenía sujeto bajo su poder. En estos casos, el *lutron* era un pago acordado entre la persona o grupo que quería *liberar* al rehén o prisionero y la persona o grupo que tenía cautivo al rehén o prisionero y lo podía dejar en libertad si quisieran.

Según el pensamiento cristiano tradicional en el occidente, la vida (o la muerte) de Jesús fue un rescate pagado a Dios para que Dios librara del castigo a los seres humanos que habían pecado y estaban bajo condenación. Pero Jesús no hubiera interpretado su muerte así, primero porque no creía que tenía que salvar a la gente *de Dios mismo* o *de su justicia*, y segundo, porque lo único que llevaba a Dios a librar a los pecadores del castigo, la corrección, o la condenación que les había impuesto era *que ellos mismos se arrepintieran de su pecado con un corazón sincero y que se comprometieran a vivir de acuerdo a su voluntad, pidiéndole a él la ayuda necesaria para cumplir con ese compromiso*. Eso es lo que quería y exigía Dios de todos: no la muerte o la sangre de un sustituto sin pecado, sino la transformación de los pecadores en personas nuevas.

Tampoco pensaría Jesús que su muerte constituiría un pago de rescate hecho al diablo que había acordado con Dios para liberar a los que habían caído bajo su poder. Los que se hallaban en el Hades no iban a salir de ahí debido a un trato que el diablo haría con Dios o Jesús, pues los que sufrían en el Hades se encontraban ahí debido al mal que habían hecho, y el que supuestamente los había condenado era Dios y no el diablo. Si Dios quería sacarlos de ahí, podría hacerlo en cualquier momento por su soberanía y omnipotencia. En cambio, las personas que todavía vivían o llegarían a vivir en la tierra bajo el poder del diablo tendrían que ser liberadas, no con el pago de un rescate negociado, sino por un acto de Dios, ya fuera directamente a través de su Espíritu o por medio de otras personas vivas que servían como sus instrumentos, como Jesús y sus discípulos.

En el pensamiento de Jesús, la gente tenía que ser liberada *de su forma pecaminosa de vivir, que destruía su propio bienestar y felicidad junto con el bienestar y la felicidad de otros*. La única forma de hacer esto era a través de una relación con todas esas personas que les permitiera entender y experimentar el amor incondicional de Dios, ya sea directamente o por medio de los que servían como sus instrumentos. Pero, como hemos visto, lo que había llevado a la gente a vivir en pecado en muchos casos había sido el sistema opresivo impuesto por los poderes de este mundo, que mantenía a las personas bajo su poder con amenazas y violencia que provocaba el miedo en esas personas. En estos casos, lo que hacía falta era que esas personas perdieran su miedo y vivieran por fe, confiando plenamente en Dios. En otros casos, lo que llevaba a la gente a vivir en pecado era que no se daba cuenta de que ese pecado destruía su propia vida y, aunque parecía responder a sus intereses y satisfacer sus deseos, necesidades, y anhelos, en realidad su pecado le perjudicaba y llenaba su vida de cosas malas que le hacían mucho daño. Lo que esta gente necesitaba era conocer y experimentar el amor incondicional para poder ver

que era ese amor y no el pecado lo que le iba dar el verdadero bienestar y felicidad, tanto en este mundo como en el venidero.

Si Jesús no sabía qué le pasaría después de su muerte, y creía que simplemente descendería al lugar de los muertos para estar con los justos en un lugar de paz y reposo, de todas maneras podía pensar que su muerte serviría a liberar a muchas personas. El hecho de que él había muerto confiando en Dios sin dejarse intimidar por las amenazas y la violencia, convencido de que su vida y la vida de sus seres queridos, junto con todos sus proyectos y anhelos, estaban en manos de Dios, podría llevar a otros a vivir con esa misma confianza y tranquilidad. De esta manera, no sería su muerte en sí lo que liberaría a otros sino más bien la fe y confianza en Dios que había mostrado al permanecer firme en su ministerio, sin echarse para atrás, pues al ver cómo Jesús había enfrentado la muerte, llegarían a pensar, creer, y vivir como lo había hecho él. Así serían liberados del miedo que los tenía cautivos. No importaba si era el sistema romano el que había estado inspirando el miedo en ellos o simplemente el temor al sufrimiento y la muerte que les es común a casi todos los seres humanos, podrían perder ese miedo al ver la fe y firmeza de Jesús ante su muerte al llegar a confiar plenamente en Dios como Jesús.

También el hecho de que Jesús había muerto como consecuencia de su dedicación al bienestar integral de los demás y, frente a la amenaza de muerte, no había desistido de hacer lo que estaba haciendo por otros en amor a ellos podría enseñar y convencer a otras personas a vivir de la misma manera, amando a los demás con el mismo amor incondicional que habían visto en Jesús. Se darían cuenta de que en realidad les convenía vivir de esa manera en lugar de vivir en el pecado. Al mismo tiempo, Jesús fortalecería a sus discípulos y los demás miembros de su comunidad en ese amor, de modo que después de su muerte ellos también podrían servir como instrumento de Dios para generar ese mismo amor en otros, de modo que ese amor se iría multiplicando, igual como se irían extendiendo por medio de sus seguidores la fe y la confianza en Dios que habían visto en Jesús.

Sin embargo, para lograr todo esto, haciendo realidad la liberación de la gente de su pecado y su miedo, Jesús tendría que pagar un precio: la muerte. Pero como amaba a los demás más que a su propia vida, estaba dispuesto a pagar ese precio. Según las palabras de Jesús en Mar 10:45 y Mat 20:28, lo que constituye el *lutron* o precio de redención o liberación no sería *su muerte* sino el *dar su vida*. Aunque el pasaje utiliza la preposición griega *anti*, que significa “en lugar de” o “a cambio de,” al afirmar que Jesús daría su vida como precio de redención “por muchos” (*anti pollōn*), esto se debe al hecho de que la alusión es a lo que Jesús obtendría *a cambio* al dar su vida: la liberación o redención de muchos de su cautiverio al pecado, el miedo, y la maldad. Por supuesto, esa liberación o redención no sólo les daría vida en el mundo presente sino también en el mundo venidero, porque la forma de vida que adoptarían como seguidores de Jesús sería del agrado de Dios. Jesús también podía haber tenido en mente la idea de que lograría la redención de “muchos” pagando el precio de su vida *en su lugar*, pues al lograr sus propósitos dando su propia vida, ya no sería necesario que otras personas tuvieran que morir para que esos propósitos fueran logrados. En otras palabras, ya que su propia fe y confianza en Dios y su amor por los demás que había demostrado frente a la muerte produciría en muchos otros la misma fe, confianza, y amor, ya no sería necesario que otras personas demostraran su

fe, confianza en Dios, y amor dando su vida para que esa fe, confianza, y amor fueran reproducidos en otros.

En cambio, si Jesús sí creía que resucitaría en tres días y será exaltado “a la diestra del poder de Dios” (Mat 26:64; Mar 14:62; Luc 22:69), se podría decir también que, al pagar el precio de su vida, había logrado la liberación y redención de “muchos” en el sentido de que ahora él podría seguir actuando desde el cielo de las formas que hemos visto arriba. Lo que haría desde el cielo traería como consecuencia la liberación y redención de muchas personas, pues actuaría en sus vidas no sólo directamente o por medio del Espíritu sino también por medio de sus discípulos y seguidores, que servirían como sus instrumentos para hacer de esa liberación y redención una realidad. Su resurrección y exaltación también fortalecería a sus discípulos y seguidores en su propia fe y amor, pues les daría la seguridad de que si ellos enfrentaran amenazas debido a su trabajo a favor de la redención y liberación de otros, Dios se encargaría de cuidar a los seres queridos que dependían de ellos, de hacer avanzar sus proyectos y sueños, y de resucitarlos y exaltarlos algún día igual como había resucitado y exaltado a Jesús su Señor. También, al dar su vida en lugar de tratar de evitar la muerte y de esa manera exaltado como rey, obtendría la redención de “muchos” en un sentido escatológico, pues esa exaltación le permitiría regresar algún día como rey para redimirlos del sufrimiento y el dolor que experimentaban en este mundo.

Todo esto es lo que Jesús obtendría por “muchos” a cambio de su vida. Aunque la muerte—y no cualquier muerte, sino la muerte de cruz—sería el precio que pagaría, no sería un precio pagado *a* alguien, como Dios o el diablo. Más bien, la idea de pagar un precio para obtener algo sería la misma que tenemos en mente hoy cuando decimos que uno tiene que pagar un alto precio para lograr algún objetivo, pues tiene que hacer muchos sacrificios y sufrir muchas pruebas y dificultades para alcanzar lo que busca y anhela para sí mismo o para otras personas. En el caso de Jesús, la redención y liberación de los demás sería algo que lograría no sólo al dar su vida en la muerte, sino durante todo el tiempo de su ministerio, pues si dio su vida en Jerusalén para obtener la redención de otros, es porque ya había estado dando su vida durante todo el tiempo de su ministerio.

Si Jesús tenía en mente pagar el precio de su vida *a* alguien, ese “alguien” serían los romanos y los judíos que colaboraban con ellos. Como hemos visto, ellos querían quitarle la vida porque creían que representaba una amenaza para sus intereses. Creían que, al quitarle la vida, destruirían a su comunidad de seguidores y desharían todo lo que había logrado Jesús en sus esfuerzos por debilitar y subvertir el sistema que ellos habían establecido y querían mantener a toda costa. Anticipaban que, al matar a Jesús, toda la gente que había comenzado a seguirle, oponiéndose al sistema como consecuencia de su “mala influencia,” se llenaría de miedo otra vez al ver cómo daban muerte a Jesús y dejaría de resistir al sistema para mejor apoyarlo, o por lo menos tolerarlo. Pero Jesús creía que pasaría lo contrario: en lugar de poner fin a la comunidad subversiva que había establecido y destruirla, desanimando a sus seguidores y matando sus esperanzas, su fidelidad hasta la muerte más bien fortalecería a esa comunidad y llenaría a sus seguidores de más ánimo y esperanzas—sobre todo si Jesús creía que resucitaría unos días después. En este caso, le daría a las autoridades lo que querían: su vida. Pero lo que

no sabían era que esa entrega de su vida en sus manos no traería como consecuencia una mayor sumisión a su autoridad entre la población, consolidando más su poder, sino más bien un mayor espíritu de rebeldía, inconformidad, e insubordinación entre sus seguidores que luego se extendería a todavía más gente, debilitando la hegemonía de las autoridades en lugar de fortalecerla.

Extracto del borrador libro del Dr. David Brondos

Título provisional del libro: “La muerte de Jesús en el Pensamiento del Nuevo Testamento”

Este documento no debe ser circulado sin permiso del autor.

9 diciembre 2019

## NOTAS PROVISIONALES

---

<sup>1</sup> Al hablar de lo “sobrenatural” y lo “milagroso,” tenemos que estar conscientes de que estamos manejando palabras y conceptos que no aparecen en la Biblia, pues en aquel entonces no se manejaba el concepto de “leyes naturales” como lo manejamos hoy día, según el cual cualquier suceso que viole esas leyes es “milagroso” o de origen “sobrenatural.”

<sup>2</sup>. Sobre este punto, ver H. Stegemann, *Library of Qumran*, 243.

<sup>3</sup>. Carter, *Matthew and Empire*, 5; see also 70-73.

<sup>4</sup>. On the question of the women who identified themselves as Jesus’ followers during his ministry, see especially Freyne, *Galilee and Gospel*, 282-86; Meier, *Marginal Jew*, 3:630-31. Kathleen Corley agrees that Jesus probably ate and traveled with women, but claims that this was not entirely novel or special in his context (“The Egalitarian Jesus: A Christian Myth of Origins,” *Forum* 1-2 [1998]: 314).

<sup>5</sup>. Ver, por ejemplo, Adriana Destro y Mauro Pesce, *From Jesus to his First Followers: Continuity and Discontinuity. Anthropological and Historical Perspectives*; Leiden: Brill, 2017, 14-16

<sup>6</sup> Elisabeth Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella: Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1989), 173-174.

<sup>7</sup>. In this regard, Meier comments that “the very concept of Torah, even the written Torah of Moses, was still in flux at the time of Jesus,” and that “the Hebrew text of the Mosaic Law circulating in Palestine around the turn of the era contained variant readings....” (“The Historical Jesus,” 55-56). Those groups that held the law in esteem even felt free to rewrite certain laws to coincide with their practices, considered their own traditions normative, and claimed that “the written Law of Moses contained important commandments that, from our historical perspective, simply are not there in the text” (57-58).

<sup>8</sup>. On the opposition of many Jews to the temple tax in Jesus’ day, see E. Stegemann and W. Stegemann, *The Jesus Movement*, 119-23; Horsley, *Spiral*, 279-84. Horsley claims that the refusal to pay the temple tax constituted a “declaration of independence from the Temple and the attendant political-economical-religious establishment” (282).